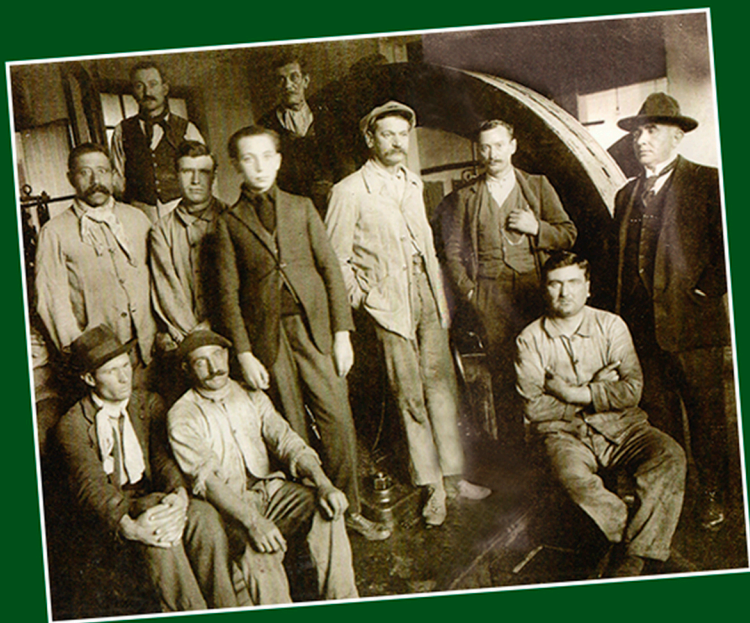


MARIO GOLOBOFF

COMUNA VERDAD



¿Es verdad que hubo una comuna anarquista en los alrededores de Algarrobos hacia 1940? ¿Es cierto que sus miembros la dedicaron a la producción de sal, que habían decidido quemar el dinero y estudiar esperanto? ¿Fue, como aquí se cuenta, sangrientamente aplastada por el golpe de estado de 1943? ¿O todo, historia y novela, forma parte de la misma ficción?

En tiempos más que pragmáticos, *Comuna Verdad* tiene el coraje de rescatar y alentar utopías, de inventar heroísmos, de poner la poesía y el amor en su sitio.

Centrada en un lugar de la pampa que une la geografía al mito, y dando vida a un tema en el que no es fácil separar ilusión de realidad, esta novela describe, con estilo de orfebre, el nacimiento, la constitución y la destrucción de un proyecto utópico casi totalmente desconocido.

Mario Goloboff

COMUNA VERDAD

Para Adriana

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Índice

I

II

III

Fuentes

Autor

Cada cosa tiene el nombre que le conviene.

Estela dirigida por el primer
emperador Qin

Parece difícil de creer, y sin embargo es cierto. Bastó decir que aquello había sido una comuna para que lo fuera. O empezara a serlo. La palabra ya ejercía una fuerza tan grande sobre ellos, que todo lo demás vendría por añadidura, por deseo, por una voluntad sin falla, enorme y muy oculta a los espíritus. Una voluntad que los llevaba, inexorablemente, a encontrar el sentido que correspondiera a esa voz mágica, sonora, musical.

Es también cierto que la idea flotaba en casi todos. En los más lúcidos, qué duda cabe, y en quienes los siguieron. Y que la historia fue plasmando, como cuando se mezcla harina y huevo, y uno ve que la pasta se separa, cortada en infinitas tiras, amorfas, anodinas, y al rato, si no se deja de mover las manos, toda esa dispersión vuelve a estar junta, a convertirse en una misma masa, única, móvil, dúctil y blanda, hecha una sola fuente de energía y de calor.

Eran los años duros, esos que en Algarrobos transcurrían oyendo las noticias por la radio, y escondiéndose de todo. La muerte se entretenía en las ciudades, y aunque de vez en cuando diera algún zarpazo por el vecindario, no era lo

principal. Lo principal era el silencio, la nulidad, la ausencia. Quedarse frente a la ventana, tomando mate, viendo bajar el sol frío de la tarde. Comer con la familia sin preguntar nada de nada. Esperar.

O ir al club a la siesta, para jugarse un mus que distrajera, alguna carambola, algún truquito mallorquín. Si bien últimamente, ya ni eso. La gente estaba como desganada, iban cada vez menos, y el grupo estacionaba en la cantina, alargando el café hasta las tres o, cuando pegaba el frío, rodeando la chimenea del salón.

Las altas puertas de caoba, los cristales esmerilados, los sillones de viejo cuero con su pátina, los pisos alfombrados, daban un gran sentido de la protección. Tanto, que poco a poco, día a día, casi insensiblemente mientras llegó el invierno, el resto del club fue quedándose desierto, los billares tapados, las mesas de juego con los ceniceros limpios, y toda la actividad se concentró en la rueda donde diez, doce, o pocos más vecinos se juntaban a charlar.

Tal vez por los peligros del presente, tal vez porque la historia estaba allí, como quien dice al alcance de la mano, quizás por puro azar, el hecho es que alguno comenzó. Acaso el viejo Luque, último sobreviviente de los fundadores, con

sus ochenta y tantos venerables años; acaso el hijo, que parecía, si no más viejo, hermano de su padre, lleno de achaques y llorón. O alguno de los jóvenes, para tirar la lengua a los mayores, o alguien más enterado o más curioso.

Sí, “la historia estaba allí”, pero eso no quiere decir nada, porque en Algarrobos no son historias las que faltan. Era necesario removerla, rescatarla, componerla casi. Y, para eso, por algún lado había que empezar.

Bien visto, no fue casualidad que todo comenzara por el nombre. Y que al pronunciar alguno esa palabra, brillaran ciertos ojos, otras gargantas se encendieran, y las memorias hurgaran entonces en los años el fondo de esa trémula irrupción.

Fue, dijo Foglia, por el cuarenta y dos. Cuarenta y uno, principios del cuarenta y dos tiene que haber sido, porque duró no menos de un año, y al promediar el otro vinieron las botas. Así que por esa época nomás. Y aparte, me acuerdo bien: yo andaba casi en los veinte, y en ese buen tiempo noviaba con la más chica de las Fioranelli, por lo que a cada rato me daba una vueltita hasta Centenario, y algún rumor siempre uno oía.

Si ibas en la chata, no puedes errar, apoyó don Braulio Luque. Tenías, acuérdate, la fordcito, y la vendiste después.

Sí, la llevaba para que me la vieran, y en la familia no fueran a pensar que era un tirado, así que está bien, don Braulio, usted tiene razón, fue de seguro en el cuarenta y dos. En todo caso, la primera vez que oí realmente algo concreto, ya el asunto estaba más que formado y funcionando. Para ese entonces había como treinta familias o, en fin, lo que nosotros llamaríamos familias: tipos con mujeres, algunos chicos, una escuela en la que dicen que enseñaban bien, pero donde se comentaba que los pibes eran demasiado autónomos...

Autónomos o autárquicos, pero no autistas, cortó la buena voz del gordo Vico desde la mesa de ajedrez. Acababa de ahogar al rey contrario, y no se sabe si por rabia o porque

había tenido que aguantar la charla sin poderse concentrar, lo cierto es que hizo estallar su vozarrón cuando nadie lo esperaba.

Jugaban en el salón para estar más cerca del calor, si bien tenían que soportar las conversaciones y, a veces, distraerse. Vico no agregó más, pero se acercó a la rueda simulando que refunfuñaba. El doctor Helman, en cambio, feliz poseedor del rey casi perdido y ahora ahogado, parecía más contento. Por eso se introdujo suavemente, con una pregunta que llevaba sus respuestas: Pero aprendían ¿no?

Otra tarde fue el propio Vico quien tuvo la ocurrencia de comenzar. No había llegado todavía el doctor Helman, ni Foglia, ni alguno de los Arreaga, ni cualquiera de sus contrincantes habituales, y mientras esperaba inquieto, comentó: Eran bastantes más de lo que dice Foglia.

La rueda estaba todavía en formación: figuraban ya Palito Massi, de los primeros en llegar; Cacho Lanis, siempre a la una clavada; Ramirito Alsina, engominado como para un baile; don Domingo Perticone, y cinco o seis más. Con los fríos de julio, la calle, a mediodía, estaba pelada, y no había un rayo de sol por más que se buscara. Oscuros nubarrones, que más que traer agua parecían estar ahí para proteger la helada, surcaban velozmente el cielo, mientras abajo, entre

las veredas de jóvenes y esmirriados plátanos, circulaba un viento sur frenético, invasor.

Dentro del club, en cambio, todo era cálido y mullido. La chimenea había sido encendida desde la mañana temprano, y una pila de leños, bien secos, todavía esperaba al costado para ir a consumirse. Los que quemaban, lo hacían lentamente, sin chisporroteos, pero despidiendo un olor perfumado y muy benéfico. Las paredes del salón, revestidas hasta más de la mitad de alto por una madera oscura; el piso de mármol, blanco y negro, cubierto aquí y allá por espesas y lanudas alfombras norteñas; los sillones anchos y espaciosos; la misma chimenea, sólidamente instalada en la pared del fondo, y coronada por buena parte de todas las copas que el Atlético había ganado en diferentes competencias; las mesas de roble, con incrustaciones de marfil; las sillas cómodas y fuertes; todo aquello, en fin, se contraponía, visible y acogedoramente, a la soledad de esas calles del pueblo, extensas, heladas y, sobre todo, vacías.

El Club Atlético había nacido a principios de siglo. Una vez que Algarrobos desecó los pantanos, tuvo su luz de querosén y las primeras veredas empedradas, ornamentó la plaza, blanqueó los edificios públicos. El grupo de vecinos notables, entre quienes se contaban los fundadores del pueblo, aprovechó la propiedad de la esquina cercana a la estación

del ferrocarril, y montó aquellas inmensas y (si se piensa en las dimensiones de la villa por aquel entonces) desproporcionadas estructuras.

Lo primero que hubo fue pelota vasca; después vinieron el equipo de fútbol, la cancha de bochas, los campeonatos de billar y de mus. Imbuidos como los fundadores estaban del espíritu de progreso de la época, tampoco olvidaron el grupo de teatro y, especialmente, la biblioteca: pretendieron crear una verdadera joya en toda la provincia, enriquecida de año en año con donaciones de hacendados ilustres, de viejos inmigrantes rápidamente convertidos en ciudadanos completos, y de hijos de los primeros colonos que, habiéndose marchado para la Capital después de hacer mediana fortuna, querían dejar un testimonio de gratitud o de disculpa hacia Algarrobos.

Pasados ahora tantos años, desaparecidos casi todos aquellos emprendedores pioneros, y transformada la aldea en un pequeño pueblo sin humos pero con ciertas ambiciones, el club quedaba, con su solidez y su barniz, como símbolo de los tiempos idos y para siempre perdidos en estos días de vendavales y acechanzas.

Fundado, pues, por vascos, era ciertamente un tanto inexplicable ese estilo de club inglés, con su confort casi podría decirse exótico en medio de aquel frío, de aquella soledad pampeana. Y parecía un buen sitio para

congregarse: no sólo a causa del calorcito y de la protección física, ambiental, sino también por la densidad que conferían todos aquellos años, las épocas que habían ido profundizándose, las vidas, las cosas, y las cosas de todas esas vidas.

Algo se concentraba allí, se traducía y alcanzaba cifras y sentido. El recuerdo, la pequeña historia, quizás la grande. Esos hombres juntados en la rueda, alrededor de un fuego protector, sorbiendo sus cafés, sus ginebras o sus boldos, hacían lo suyo para refugiarse del miedo, darse ánimo, seguir.

Tal vez debido a la identidad del sitio, o a la participación de casi siempre la misma gente, el hecho es que el grupo se reunía, conversaba, y luego iban a sus tiendas, a sus negocios, a sus chacras o estancias, pasaban la noche en sus casas y en sus camas, y al mediodía siguiente volvían, restablecían el diálogo casi exactamente donde lo habían dejado, prolongábanlo, seguían estirando, en una sorprendente manifestación de continuidad, el hilo que los mantenía atados día a día, prendidos, vinculados. Y no dejaba de ser extraño, sin duda, que una actividad tan fútil pudiera tener esa fuerza casi física, como la de una rotación que no se ve.

Una vez que un tema había calado, andaba después solo, sin necesidad de requerirlo, de entresacar moleestamente, de

tironear. Bastaban la misma hora, el mismo espacio, algunos de los habitués (ni siquiera todos, ni tampoco exactamente iguales), para que, naturalmente, la conversación retomara los carriles, y fuese más allá de donde había quedado detenida el día anterior.

Era suficiente, por ejemplo, que alguno, el gordo Vico póngase por caso, no tuviera aún al doctor Helman para hacer su partidita de ajedrez, y que dijera entonces, casi como aburrido, muy suelto de cuerpo, a lo mejor para pasar el rato, o quién sabe si para ver qué contestaban los otros: Eran bastantes más de lo que dice Foglia. Sí, eran bastantes más. Si uno los cuenta, dan como un montón.

Fue lo que dijo Vico. Hablando como quien está muy bien informado, pero sin dar mayores fuentes. Por ello, y porque se podía dudar, Palito Massi intervino tímidamente: Pero, para eso, tenés que haberlos conocido... Bueno, conocido es un decir, agregó casi como corriéndose. Saber, o...

¿Y quién te dijo que no sé? saltó indignado Vico ¿Por los años que yo tengo? Hablá después de escucharme, y vas a ver: tres Cicarelli eran, que habían trabajado en el campo de mi viejo; dos, si no tres Llamazares, y preguntále al casero del club cuando lo veas, que él es hijo de una hermana de ellos; cinco o seis echados de los “Molinos Salvat”, cuando casi quiebran, por el cuarenta o cuarenta y uno; algunos, más de cuatro, que se arrimaron de Pehuajó; dos o tres de los rusos, bueno, israelitas, que todavía quedaban por aquí de la Colonia; a éstos agregále uno de los primos de Aberbuj, a quien nunca supe por qué todos le decían Rodríguez, y después había como diez o quince más. Sumále mujeres, sumá mocosos, sumá algún viejo, que los había, y parece que bastantes, de compañía o de seguida de los hijos o de lo que quieras, y ahí tenés, casi un pueblo entero, no me vas a venir a discutir.

Sí, casi un pueblo entero, apoyó Sosa con cierta sorna, pero sin burlarse del todo. Casi un pueblo, repitió. Pero mucho más organizados que nosotros.

Había entrado unos segundos antes, trayendo la bandeja. Era un hombre con un corpachón respetable, y una voz que lo acompañaba perfectamente. Cuando hablaba, el bullicio de los otros se abría como si fuera su cuerpo el que pasaba, y en ese sentido la actitud inconsciente de los demás era razonable: voz y cuerpo parecían moverse al unísono, y constituían un bloque indestructible. Sosa, su cara morena, su pelo negro, crespo, su enorme cuerpo y su voz, andaban así, juntos, por los salones, dejando aquí un café, allí una cerveza, más allá una frase para refrendar lo último que acababa de oír en una rueda, pero sin que se supiera nunca si él sabía de qué se estaba hablando y, muy especialmente, si lo que decía tenía algo que ver, emanaba de un conocimiento personal, o simplemente estaba aprovechando el envión de las botellas para dejar caer unas palabras que inquietarían a todos.

Ahora, había apoyado la bandeja vacía contra el alféizar de la ventana, colocado sus brazos en jarra, y desde esa posición dominante, parado e inmensos como eran él y su voz, agregó: Y no quiero decir más.

Todos quedaron un poco decepcionados, pero así era Sosa, y había que admitirlo. Quedaba, como consuelo, el hecho de

que la mayoría pensaba que en verdad él no sabía nada de nada, y que había dicho aquello, o refrendado las últimas palabras del gordo Vico, casi por casualidad. En todo caso, no se trataba de insistir más: a esas bromas se limitaban las confianzas recíprocas entre Sosa y los parroquianos del club. Nadie franquearía la invisible barrera que democráticamente separaba al cantinero de sus clientes, los socios de la institución, y todo quedaría, como siempre, allí.

Pero no te vengas justo ahora con misterios, se animó todavía a protestar Palito Massi. Entrás cuando menos se piensa, no sabés ni de qué estamos hablando, largás tu frasecita, y cuando uno quiere saber cómo la seguís, te mandás a mudar...

Y en efecto, Sosa estaba llevando su bandeja y su cuerpo para la cantina, y no dijo nada más. Sin embargo, de lo poquísimo que había acotado, quizás en un arranque de comunicatividad o en uno de ironía, algo quedaba, lo suficiente como para que Cacho Lanis recogiera el guante, y tratara de evitar que el dato se perdiera.

Lo que él llama organización, debe ser eso que ellos hacían, o que me dijeron, en fin, que hacían: todos trabajaban no más de diez horas diarias, todos sacaban de un fondo común para sus necesidades mínimas, todos comían, y a nadie le faltaba nada. Ninguno manejaba dinero por su cuenta, eso estaba bien establecido, pero había siempre uno, al que

renovaban por elección secreta, que hacía las veces de administrador o tesorero. Y entonces, en ese sentido, organizados eran, no puede negarse ¿no...?

Lanis había terminado sus deducciones sin obtener demasiado eco ni aprobación de parte de los otros. Por eso, luego de unos instantes de silencio, el menor de los Arreaga tomó la voz cantante:

Bueno, todo eso que vos contás es muy lindo. Pero vamos a ver ¿qué eran?

¿Cómo “qué”, alcanzó a musitar, sorprendido, Cacho Lanis.

Sí, mantuvo el Menor. ¿Qué? Acá todos somos algo, y ya lo éramos, puede decirse, desde chiquitos... ¿Qué eran éstos? ¿Socialistas, comunistas, anarquistas, revolucionarios? No te me vengas a hacer el inocente, a esta altura...

Mirá..., volvió a murmurar Lanis como si lo hubieran tomado realmente desprevenido. Yo qué sé... Parece que no eran nada. Sí, como lo oís. El conjunto, digo. Puede que alguien, o casi seguro que alguno tuvo sus ideas. Y que a lo mejor quienes iniciaron la cosa guardaban sus pensamientos y sus móviles por detrás, sí, no nos vamos a hacer los distraídos. Pero no fue algo que empezara funcionando como un designio político, no, era más bien natural, así, como por una necesidad. Parece que se fueron juntando, unos por una

razón, otros por otra, y que cuando los Cicarelli montaron el tinglado, el resto de la gente ya estaba allí, como esperándolos. Ellos, los Cica, se habían ido comprando unas tierras en Centenario, unas tierras regularonas nomás, pero, de todas maneras, por aquellos años, la tierra de esos lados no valía mucho, cuatro cascotes duros que te rompían los arados y te mancaban las yeguas. En fin, que así arrancaron. Qué serían, doscientas o trescientas hectáreas, a lo sumo...

Bueno, bueno, no es tan poco que digamos, terció don Domingo Perticone.

Por favor, don Domingo, replicó Lanis respetuosamente. Si usted sabe bien que con esa cantidad, aun hoy, en Centenario, no hay ni para empezar... Y, además, quién sabe qué había allí... Cascotes endurecidos por la sal, pantanos, nada bueno...

Y sin embargo empezaron, retomó el menor de los Arreaga.

Empezaron, y siguieron, dijo Lanis sin amilanarse (aunque bien habría podido recapacitar, ya que, con sus cuarenta años apenas cumplidos, era evidente que a pesar de exponer como si hubiera estado allí, no conocía la historia más que de segunda o de tercera mano). Sí, siguieron, refrendó. Y luego, algo más melancólico, o más misteriosamente, terminó agregando: A pesar de todo...

Bueno, dijo Vico. No te nos vas a poner a llorar ahora. Lo que después pasó, se lo buscaron.

No, se defendió Lanis. No lo digo por las dificultades que tuvieron hasta el final, y por cómo terminó. Me refiero también a los líos internos, a las cosas raras que pasaron entre ellos mismos...

Vivían exclusivamente de la venta de la sal como cosa primera, y de la poca huerta que habían ido acomodando: tomates, remolachas, acelgas, rabanitos. Parece que no veían la carne ni en pintura, y hasta se dice que en general eran medio vegetarianos: poca leche, manteca, y esas cosas; nada de huevos, ni productos de animal. Y sin embargo, bien que estaban fuertes y que, según contaban en el pueblo, no se los veía muy enfermos. A lo mejor, sería porque las mujeres trabajaban a la par de los hombres, y nadie se quejaba, al menos no por eso... Qué te parece Foglia si hubiéramos metido a alguna de las nuestras...

Cacho Lanis se ríe con su vocecita aguda, y pega unos sorbos a la coca cola. Es flaco, nervioso, activo. Aun sentado y charlando, no se puede quedar quieto, y cuando no tiene más remedio que hacerlo, debido a la situación física en que se halla colocado, se retuerce dentro del sofá, o mueve continuamente las manos en busca de algo para beber o para hacer. Ahora, exprime el ya exhausto limón sobre el poquísimo líquido que le queda en el vaso, lo repasa contra el borde para sacarle las últimas lágrimas, y se zampa el final de la coca. Entonces prosigue: El campito aquel ya tenía unos galpones de material. Allí se organizaron unos

dormitorios, uno o dos baños, una cocina grande, y un lugar adonde iban a comer...

¿Juntos? pregunta alguno.

Juntos, qué querés, que se separen a la hora de reunirse... Si han decidido unir sus vidas, como quien dice, no se van a divorciar justo cuando tienen que comer... La idea era ésa, la de vivir así, sin separarse, sin hacer la cosa individual sino mancomunada, como si dijéramos. Un grupo, bueno, más que un grupo, un familión. Hasta que llegaron, con chicos y todo, a crecer más. Entonces, parece que les dio por construir unos ranchos alrededor, bien hechos, eh, nada de cosa frágil ni a lo gauchito, de material, y algunos, no sé quiénes ni por qué, se fueron instalando allí.

Los jefes, serían, dice el menor de los Arreaga.

Te digo que no había jefes, ni mandamases, no. Las cosas se decidían entre todos...

Y a lo mejor falló por eso...

Pará, pará: falló es una manera de decir. Y además no fue por eso. Cosas más graves tienen que haber pasado. Pasaron, de seguro...

Pero entonces, por lo que usted cuenta, todo eso era muy decente, dice el pibe Ramón, que además de ser joven es un

recién llegado de la Capital, pariente de los Maya. Y si es así ¿se puede saber de qué los acusaron?

Mirá, contesta Lanis. Vos ya vas a ir sabiendo lo que es este pueblo. Los señores saben, así que, con todo respeto, te pondrán al tanto. Yo no me quiero extender más, porque después vaya uno a imaginarse de qué me acusan a mí también, y con los tiempos que corren mejor que todo esté bien clarito. Pero acá, lo que se dice entre las cuatro paredes de Algarrobos, no necesitás de mucho para que te hagan pomada. Dos o tres insinuaciones, un par de chismes, alguna denuncia interesada, y pláfate, ya estás metido en un berenjenal del que no salís más.

Y sí, convino Vico. Si encima le sumás algún sermoncito, de esos que nunca faltan...

Y no faltaron, justamente, no, qué tal... Es cierto que, como dice Ramón, vos, todo parecía muy decente: la tierra no se la habían robado a nadie, la salina la trabajaban religiosamente, cumplían con todas las entregas a los embarcadores, así que si alguien debía algo serían los que compraban y no ellos, y, en fin, no venían jamás a hacer líos a Algarrobos... Sí, todo podía ser tomado como de lo más normal. Pero... nunca falta un buey corneta ¿no? Bueno, y a éstos les pusieron varios...

De lo que yo me acuerdo bien es del sermón, insistió Vico. Bueno, me acuerdo es un decir: yo no lo oí, claro, si estaría empapando pañales a esas horas. Pero mi tía Elvira, que todavía vive con mi madre, lo tenía, tenía una de esas cartas a los feligreses, que es como un sermón escrito, es lo mismo, que lo habrán dicho más de una vez, y lo tenía impreso y pegado en el flanco del ropero. Cuando yo era chico, no podía entrar en la pieza de Elvira sin mirarlo, porque aquel dibujo de un corazón atravesado por flechas todavía me impresiona hoy. Me tenía como hipnotizado, no sé cuántas veces lo habré leído. Hasta aprenderlo de memoria. Por ahí decía: “El Demonio vive a las puertas de Algarrobos. Escandalosas prácticas de seres desdichados, sin Familia y sin Dios, tienen lugar en Centenario. Bajo el tenebroso mote de Comuna, un grupo de herejes postula el Anticristo”. Y después, en otras partes: “Rezad, honestos y caritativos hijos de Algarrobos, rezad también por ellos, aunque se trate de nuestros enemigos, y que el Cielo nos bendiga y nos ampare... Ésas son las salinas de Sodoma...” Bueno, era más o menos así, no me puedo ya acordar de todo, pero hay frases que sí, que me han quedado...

¡Qué memoria para la quiniela, Gordo!, dijo La.nis asombrado.

¿Viste? El ajedrez ayuda, sí... Hubo también una campaña de "Solicitadas", en El Progreso y en La Ley. Intervinieron maestros de la Escuela 8 y de la 1; los dos únicos médicos que por entonces había, Espil y Galcerán, en bandos opuestos, como de costumbre, porque el primero era el caudillo conservador, y el otro tenía que ser radical. Participó nuestro sabio de entonces, el venerado Manuel Lista, y hasta algunos de fuera, de Nueve de Julio o de Bragado. Por poco no se desata un pleito nacional...

¿Y tanto ruido por qué?, vuelve a preguntar inocentemente Ramón, el "visita" de los Maya.

Cómo se ve que vos venís de la Capital, pibe. Esto no es una gran urbe, como se dice. Aquí la gente quiere saber, quiere que todo sea claro, y que no se ande con rarezas, ¿me entendés? Si sos como todo el mundo, nadie va a meterse con vos. Pero si empezás a andar floreándote por ahí, con que te estás organizando de otros modos, te traés paisanos que antes eran vagos, o que anduvieron con problemas, y que por poco no están buscando todavía "la papeleta" para poder pasar de pueblo a pueblo, y los metés a asociarse con vos, y encima de todo te va bien, no tenés deudas y no le pedís ni un centavo a ninguno, bueno, qué querés que yo le haga, te estás cavando la fosa...

No solamente por eso, repitió Lanis. También, casi lo principal yo te diría, es que los tipos parecían pensar cosas raras. Nunca se supo muy bien.

Y sí, acordó Vico. Yo mismo te lo dije la otra tarde: ésas son cosas que se dijeron después, es cierto, pero los comentarios flotaban en el ambiente...

Lo infestaban, mejor dicho...

Bueno, como quieras... Eran años difíciles... No te digo como los de ahora, que aquí nunca nos faltan peores, pero tampoco de llevártelas de arriba. Mejor dicho: cuando ya se estaba muriendo Ortiz, podías hacer lo que quisieras, pero en cuanto entraron a tallar los milicos, fue otra cosa.

No sé, dijo Lanis, ya se me ocurre que estamos tocando un poco de oído, eso habría que precisarlo... A mí me parece, por lo que he escuchado, que para el cuarenta y tres, o al menos para junio, el asunto andaba muy mal. Habría que preguntárselo a alguno más mayor, pero parece que hoy van a tardar en llegar... Deben estar haciendo la siestita. Con este tornillo...

Y además, dijo otra tarde Luque chico, se les daba por hacérselas más difíciles ellos mismos... ¿Viste esos tipos que siempre quieren caminar viento en contra? Bueno, así eran. No sé si los Llamazares o los mismos Cicarelli, o quien diablos llevara la batuta allí. Pero eran de esos que, si te la podés hacer más fácil, no, ahí están, dando vuelta el mantel. Será por eso, digo yo, que no querían tener caballo...

¿Cómo, y en qué andaban?, se despierta Goyo Sartori.

No, mirá, para llevar las cosas y moverse y transportar, sí, pero se ve que habían decidido no montar, se ve y se sabe. Tenían además una camioneta en la que se movían, como todo el mundo, y dos o tres chatas tiradas, claro, por caballos, en las que cargarían los terrones o cascotes, y toda su mercadería, pero ellos, lo que se dice personalmente, no se subían a caballo alguno, no montaban. O andaban de prestado, o se arreglaban en bicicleta, o caminando.

Flor de gauchitos..., murmura el menor de los Arreaga. ¿Te das cuenta cómo se la buscaban?

Justamente, interviene el doctor Helman. Parece que lo habían discutido mucho, y que el argumento que prevaleció fue ése: nada de montar sobre el caballo para hacer valer

una superioridad cualquiera, nada de utilizar a los animales para sentirse más poderosos...

Pero bien que los cargaban como mulas, o los ataban a un charré o a una chata para llevar veinte terrones..., protesta el menor de los Arreaga.

Eso sí, consiente el doctor Helman. Porque eran cosas de trabajo, pero adoptar aires de grandeza y señorío, andar subidos a un pobre animal para darse pisto, eso no...

Medio contradictorios ¿no?, duda para sí mismo, aunque en voz alta, Foglia.

Y bueno, defiende el doctor Helman, es lo que dicen que decían, qué querés... Yo no tengo nada contra la montura... Como bien sabés, ahí me espera, mansito y atado en la puerta, el Peugeot 504, así que no preciso... Qué le voy a hacer... Yo veo que la cosa te preocupa, veo que por poco te lo comés a Luque cuando cuenta, y entonces te agrego lo que sé, o lo que creo que era, pero no me hagas a mí partidario de todas esas macanas... Los tipos, y me parece natural dada toda la filosofía que parecían tener, no querían ni oír hablar de la cosa folklórica, viste, esa del recado, la bota y la espuela hasta sangrar al animal, y la cuadrera y el pechazo, o lo de disfrazarse de gauchos para hacerse ver el domingo, no, ni mucho menos...

¿Pero usted era de aquí?, requiere sin malicia Goyo Sartori.

De aquí exactamente no, de Cadret, que es como decir que sí. Pero veníamos al pueblo bastante seguido, y además yo tenía hermanos más grandes, así que oía. En casa, como en todas partes, se hablaba bastante del asunto... Yo era chico, claro, en esa época, pero aquí todavía había carreras de sortijas, cuadreras, repechadas de hasta veinte jinetazos, pialadas como para que aprendieras a no dejarte revolcar, y qué sé yo qué más. A lo único que no jugaban era al pato, no sé si porque no había más que gallinas por aquí, sin ofensa sea dicho, o por esas cosas de los pueblitos pobres. Y bueno, todas las sanas costumbres de nuestro paisanaje, parece que son las que ellos rechazaban...

Ahí tiene, sus ideas..., acota don Domingo Perticone...

Sí, admite el doctor Helman. No le voy a negar, pero no todo estaba tan mal...

¿Y en qué pasaban el rato? Porque alguna vez descansarían, no creo que trabajaran sin parar..., introduce el pibe Ramón.

No, lo que pasa es que eran medio intelectuales, terciaba Vico. O querían serlo, yo qué sé... En cuanto a laburar sin parar, no, todo lo contrario, también tenían sus teorías, y decían que el Dios de ellos era el reposo... Pavada de declaración... Como para mi tía Elvira...

Ahí tenés, exactamente, dice Goyo Sartori. Una vez, mi viejo se lo encontró a Cicarelli en el Mercado Central, que estaba en la avenida, haciendo cruz con Sportivo...

Ellos, mi viejo y uno de los Cicarelli, no sé cuál porque eran varios, habían sido compañeros de escuela, así que se conocían más que mejor. Y se lo topó, ya te digo, después de un tiempo larguísimo de no haberlo visto... La conversación empezó como siempre, qué flaco estás y cómo va la familia, pero en seguida, mi viejo, que no era pavo, la derivó a cosas más inteligentes, porque también hay que ver que Cicarelli, Bepo, ahora me acuerdo que mi viejo lo llamaba así, era un tipo de lo más original, gentes del norte de Italia, triestinos y casi alemanes o austríacos, pero muy influenciados por Garibaldi, se ve, y sus ideas. Y en cuanto te enganchabas con él, decía mi viejo, ya no podías salir. Te llevaba para donde él quería, como corderito para la feria. Y entonces empezaron a charlar, con confianza, claro. Y mi viejo, que de tonto no tenía un pelo, le preguntó: "Pero cómo, hermano, ¿en qué andan metidos ustedes ahora? Sabés que los comentarios no son buenos por aquí..." Y qué sé yo cuántas cosas más le dijo... Y el otro, que no, que ellos no andaban en nada raro, y que lo único que hacían era trabajar con otros métodos, y bueno, que cada cual podía vivir como mejor le pareciera. No se enojó ni nada, y menos con mi viejo, pero firme, no con agresividad, no, eran amigos, o, en fin, viejos conocidos de pibes, así que no iba él a estar fingiendo, justo con quién.

Y fue una de esas veces, o en esta misma ocasión, ya no me acuerdo, que cuando el viejo le preguntó por qué no se lo veía más seguido por el pueblo, si lo único que hacía era trabajar de sol a sol, y si no estaría amarrocando para comprarse una estancia o un banco, el Bepo le dijo que ni locos, que trabajaban bien, pero menos que en el pueblo, y que al contrario, el dios de ellos era, sí, el reposo, o algo por el estilo, y que además la plata no les interesaba para nada, y que en cuanto pudieran la iban a quemar...

Y es muy cierto que durante el reposo hacían música, arroja Sosa en una de sus fulgurantes entradas. Y no de la peor.

Ahora que ha creado la suficiente expectativa, apoya la bandeja llena de pocillos vacíos y de copas a medio terminar, y oyendo aún el eco de su voz que flota por el aire del salón, pone los brazos en jarra, se para al lado del asiento de Cacho Lanis, quien con esa vecindad aparece más chiquito que nunca, y agrega: Yo era pibe cuando una vez, me parece que para un aniversario de Huracán, tocaron un concierto. Tenían dos o tres violines, una pianista, clarinetes, trompetas o esos chirimbolos de soplar, y unos cuantos instrumentos más. Tocaban música de la seria, y alguna cosa campera, me acuerdo, y hasta un tango se mandaron sobre el final, pero no para bailar, eh, tocado así, como en un espectáculo.

Se sabe que ensayaban y que tenían mucha práctica, concuerda Toto Arreaga, quien, hasta ahora sólo adicto al mus, aparece por primera vez en la rueda. Se decía que les gustaban esas cosas, pero siempre se lo tomó como una rareza más de los sujetos, una variante de la chifladura. Lo que no sé es si alguna vez tocaron en el pueblo...

¡Yo no lo soñé!, corta estentórearnente Sosa.

No digo eso, se defiende Toro. Simplemente, que me parece un poco raro que Huracán los haya traído así...

Y sí, desvía el gordo Vico para aligerar el ambiente. Corno el grupo de teatro que tenían...

Bueno, eso sí... eso sí que era serio, porque llegaron a representar aquí... en el Verdi... una obra de Pirandello que era muy, muy rara, pero también muy buena...

El que ha hablado es el lobo Urquijo, quien, cuando no se ocupa de llevar ganado a las diferentes ferias de los alrededores, viene de vez en cuando por el club. Todos saben que, en sus ratos de ocio, es un gran lector, y que alguna vez, en años mozos, fue poeta. Todos lo oyen, también, toser sin descanso, y presienten, por más que bastante tarde haya dejado el cigarrillo, que ya no se salvará. A causa de ambas circunstancias lo respetan, y su palabra tiene un desacostumbrado peso.

Lo más importante, sin embargo, era la actuación. Porque obras, continúa Urquijo, pasaban por aquí una o dos veces al año... pero ésa... ésa había que montarla. Y hacerte sentir que estabas ahí... corno quien dice, en medio de la escena, corno en la realidad..., continúa con cierta fatiga el Lobo. Te hablo, qué te voy a decir, del cuarenta; o por ahí. Así que calculá que yo era un purrete... pero aquí, si ves teatro una vez cada año ya es mucho, así que irnagináte cómo se me

grabó... Aparte de que yo también tenía mis berretines, por lo que me concentraba bastante en eso...

Y parece, dice Luque chico, que de vez en cuando se mandaban una gira. Que anduvieron por Pehuajó es casi seguro, y por Bolívar, y por otro montón de lados más.

Mirá, una de las Llamazares, hasta no hace mucho era paciente mía, acota el doctor Helman. No vive aquí, está cerca de Guanaco, y bastante viejita ya. Pero alguna vez me contó algo, aunque como todos ellos no habla de ciertas cosas, y a veces es mejor.

Ramirito Alsina dice bueno, la conversación está muy linda, pero hay que trabajar.

Cierto, recuerda el menor de los Arreaga. Con esta farándula de la Comuna que se nos viene pegando ahora, vamos a terminar fundiéndonos todos.

Vos, me parece, dice Vico, que va a ser un poco difícil, por más que te distraigas...

No, insiste el Menor. Tengo que hacer dos depósitos en el Provincia, a ver si todavía cierran antes de que llegue.

Salen de a poco, casi todos, dejando a Sosa con el repasador en la mano, en la cantina, sacándole lustre a las copas.

El domingo estaban todos. A las tres y media de la tarde tenía que jugarse el clásico Atlético-Sportivo, y como de costumbre en esas grandes ocasiones se daban cita previamente los socios en el club para llevar en sus autos a los jugadores, y terminar con los últimos preparativos. Esta vez, empero, había amanecido nublado y amenazando llover durante la mañana. Quedaban pocas posibilidades de que, al fin, el partido se llevara a cabo.

Alrededor de la una, y mientras esperaban el fallo del destino o el de la adversidad, se fueron reuniendo en el salón los contertulios de siempre, a quienes se sumaron otros, de pasada y espera. Cuando a la una y cuarto entró Sosa para preguntar cuántos cafés traía, se llevó una lista de más de quince. Y ni bien anunciaron que las primeras gotas estaban cayendo en el barrio de la cancha, detrás de la estación, varios, resignados o aburridos, se apoltronaron en los cómodos sillones, dispuestos a charlar, a oír, o a dormitar una caliente siesta al lado de la chimenea.

Parecía un público selecto, como un plenario dispuesto para las mejores ocasiones. Tal vez exactamente el que necesitaba don Braulio Luque para tomar, por primera vez, parte activa en las deliberaciones de esa asamblea que,

tarde a tarde, desmadejaba ante su presencia, condescendiente y silenciosa, el hilo de la enigmática Comuna.

Todo lo que ustedes vienen diciendo de aquella gente, comenzó por aceptar don Braulio Luque, está muy bien, y hasta podría pensarse que fuera la verdad, como si la hubiesen visto. Pero hete aquí que ninguno de los que han estado hablando desde hace no sé cuántos días vivió ni vio jamás nada de eso, y no hacen más que opinar por dichos de otros, o por boca de ganso, como, perdonen, se decía en mis buenos tiempos.

Es cierto que don Braulio Luque había estado presente en casi todas las conversaciones anteriores, aunque también es cierto que no siempre parecía escuchar demasiado atentamente: a veces dormía, o pegaba algún violento cabezazo y, por lo general, aparentaba poner poco interés en la historia, o dedicarle ese interés que suelen tener las personas muy mayores, una actitud entre distante y paciente ante cosas ya excesivamente vistas.

Con sus ochenta y tantos venerables años, tampoco se le podía exigir más. Pero, por otra parte, no estaba tan caído. Parecía, casi, el hermano de su achacoso hijo. Un hermano mayor, quizás, pero no mucho más viejo. Todavía robusto, todavía derecho, mantenía el porte de los grandes momentos de la historia del pueblo; la voz y el gracejo de la

época en que había sido, durante tres décadas, juez de paz; su voluntad de vivir y de no dejarse torcer. Carraspeaba un poco; a veces tosía, prometiendo simultáneamente “dejar ese maldito cigarro”, si bien nunca lo hacía del todo, y sin embargo no por ello su cuerpo ni su lucidez aflojaban en demasía, ni, mucho menos, su excelente memoria.

Ahora, al cabo de tantas jornadas de tolerar los dichos de los otros, de oír o de dejar que la historia se oyera mientras él cabeceaba después de su manzanilla, parecía por fin decidido a decir ciertas cosas, o a aclarar las versiones que no había encontrado del todo verídicas.

Fue así como ese domingo del mes de julio, mientras flotaba cada vez más firme en el ambiente la convicción de que el clásico ya no se realizaría, sin mediar otro motivo para hacerlo, y naturalmente sin que nadie lo esperara, don Braulio se sentó más erguido que de costumbre, se frotó un poco las manos estirándolas hacia el fuego, y al fin declaró, sorprendiendo a todos, inclusive a su propio hijo: Yo, por lo menos, estuve allí.

¿Y por qué no dijo nada hasta ahora?

Quien así se atrevía era el propio hijo de don Braulio Luque, por lo que recibió condigna respuesta:

Mira tú, la pregunta que justamente tú me vienes a hacer. Hay cosas que no tienen por qué decirse, o que sólo pueden ponerse de manifiesto cuando ha pasado ya mucho tiempo, o cuando se oye a los demás hablar sin cuidado, y fabricar historias de las que saben muy poco, por no decir casi nada.

Bebió un sorbo de la manzanilla, chasqueó la lengua contra el paladar que solía bajársele un tanto cuando hablaba, y continuó: Bueno, hoy tengo ganas de conversar. Ya soy grande para tornar mis propias decisiones solo ¿no?

Los demás rieron, y Luque chico, confundido y corno castigado, se encogió en su silla, y bajó la cabeza. El padre, después de carraspear un poco más y de asegurarse que había creado toda la expectativa necesaria, se estiró las puntas de la bufanda de vicuña, sacó algo más de vientre para no quedar hundido en el sillón, y enunció:

Yo todavía era juez de paz. No habían llegado hasta entonces los peronistas para sacarme a la fuerza, y en este país, mal que mal, aún se podía vivir. Por un exhorto de los tribunales

de Mercedes, tuve que ir a vuestra famosa Comuna para hacer una constatación. Ya no me acuerdo si era un juicio por alimentos, o algo parecido, contra uno de los Silverstein, pero me parece que sí, prestaciones alimentarias que debía por ahí a alguna madre abandonada. Bueno, en todo caso nada para sacarle el sueño a un cristiano, y menos a uno como Silverstein... ¿no?

Así las cosas, había que ir a llevar aquel exhortito. Y si no iba el juez de paz, ¿quién? Aparte, yo no tenía miedo ni resquemor ninguno. Todos sabían cómo pensaba don Braulio Luque, no era un secreto para nadie... Que sin duda no congeniaba yo con ninguna de sus ideas ni de sus costumbres, pero siempre he sido persona de respetar a todo el mundo, y eso se conocía y se conoce hasta hoy, así que también a mí se me respetaba, ni qué decir...

Por los corredores del club se percibe el trajín de los preparativos indecisos. Alguien entra en la cantina diciendo que ya caen buenas gotas y que se prepara piedra; otro, le contesta que así por lo menos se salvan de perder este domingo; el primero dice que lo que cae del cielo es para todos. Hay ruidos, algún portazo que el viento recién levantado hace sonar en otras dependencias, cuchicheos que no llegan a perturbar la atmósfera protegida del salón, donde, en torno de la chimenea, una veintena de hombres

escucha con bastante atención al que dice ser el único testigo viviente de la historia que últimamente les inquieta.

La cuestión es que, una mañana de diciembre, bien temprano, me fui al corralón municipal a buscar la chata, la cargué de nafta en “La Isabel”, y salí, agarrando por el camino que entonces era de tierra nada más que a tres cuadras ya de la plaza. Salí, como digo, pitando fuerte en una Chevrolet nuevita, del treinta y siete a lo sumo, derecho como quien va para Bolívar. Hacía un tiempazo que no llovía, y el camino se había puesto bastante arenoso, por lo que tenía que conducir con sumo cuidado. Más, cuando al salir apenas, y pasar por donde hoy están los silos, que antes había ahí como una especie de almacenes, sin poder ver mucho a causa de la polvareda, agarré un barquinazo que más parecía la bajada del Cerro Bayo que una ruta de la pampa, y casi me quedo ahí, de seña para los gorrioncitos. En aquella época, Vialidad Nacional... Don Braulio Luque había tomado la palabra, y parecía tener pocos deseos de abandonarla. Se iba entusiasmando a medida que recordaba o decía recordar la historia. Porque, a ciencia cierta, ninguno de sus oyentes podía discernir muy bien hasta qué punto el anciano contaba o, en sustitución de lo olvidado o de lo no vivido, inventaba para no dejar huecos, para no causar mala impresión. O si, en realidad, hacía ambas cosas a la vez: mechaba datos de otros acontecimientos para hacer más creíble su aventura. Pero, en todo caso, nadie podía negarle,

a sus años, que conservaba el don del contador de cuentos, donde la sangre árabe, cordobesa y andaluza, a la que se agregaba la criolla o, al menos, una larga convivencia nacional, se habían consustanciado de tal modo que los tenía atentos a todos, aun cuando dilatara la llegada al hueso con disquisiciones viales o climáticas.

Era notorio, además, que en ocasiones desvariaba, y que, probablemente a causa de la avanzada edad, se le escapaba el hilo, olvidándose muchas veces no sólo de la continuidad sino también de la situación, de la trama y hasta de la historia misma. Combinaba, eso sí, tales desvíos y derivaciones, con momentos de asombrosa precisión, en los que aquellos datos más exactos y más ínfimos aparecían señalados con toda nitidez, como si fueran realmente los que más importaban en su cuento.

De todas formas, ellos escuchaban con la máxima atención, debido al interés que un testimonio al fin directo y de primera mano podía suscitar, y también por ese principio de autoridad que la propia persona de don Braulio Luque había logrado imponer a lo largo de su vida en Algarrobos.

Desarrollaba ahora su larga parrafada sobre las rutas en esa región de la provincia, y había que esperar a que él solito volviera al cauce porque se estaba disparando. Pero, tan

imprevistamente como había comenzado y crecido el desvío, así terminó, y de nuevo don Braulio recuperaba fuerzas para seguir por su camino central, el que llevaba a Centenario y a la historia que, al fin, se había propuesto contar.

Llegué, pues, solo, retomó. Y nadie me esperaba. Más bien, todo lo contrario. Por empezar, porque ninguno sabía que desembarcaba yo. Pues no iba a andar avisando; primero, porque yo era la autoridad, qué embromar, y segundo, porque llevaba un mandamiento, y no quería que se me previniesen de antemano, o que el deudor alimentario se mandara, sí, pero no a cumplir sino a mudar. Algo había ya aprendido para aquel entonces, y mi experiencia válida tenía...

Habré llegado a eso de las diez o diez y media. El calor empezaba a crecer, y el sol a pegar cada vez más fuerte sobre la camioneta, pero tampoco podías andar abriendo ventanillas o haciendo como que querías tomar aire, porque lo único que entonces tragabas era tierra y polvo, y las narices y los ojos te quedaban hollinados como en carnaval.

No me crucé casi con ningún conocido en el viaje. Y mejor, puesto que tampoco quería hacerme ver demasiado. Dos o tres paisanitos a caballo, no más, con cara de decir “¿Y éste para dónde irá?”. Pero nada como para recordar especialmente. Y era mejor también, porque todo parecía estar preparando el alma y el temperamento, sin

distracciones pasajeras, para lo que ya me estaba barruntando que sería un trago de los fuertes. Por supuesto que, en estos casos, uno se queda siempre corto, y yo, esa vez, ni qué decir...

Bebió dos o tres sorbos de su tisana que ya estaría poco menos que helada; se peinó con el canto y el revés de la mano derecha la felpa del saco, poniendo especial esmero en las solapas; contempló la cara muda de sus respetuosos y ahora también ansiosos contertulios, y zampó una parrafada como para sacudirles la parsimonia creada por el relato del periplo.

Habré llegado entonces pasadas las diez y, como nadie me esperaba, me parece que caí cual peludo de regalo. Digo, porque en cuanto me vieron empezaron a desaparecer, cada cual para otro lado, más asustados que rengu en un tiroteo...

Y sí: apenas llegué a la tranquera, ahí, desde lejos, ya pude ver un revoloteo, que no era de gallinas, les aseguro. Y, en cuanto me fui acercando, confirmé la primera impresión: esa gente no se había esperado mi presencia, y ella, evidentemente, les molestaba bastante. Pero ante la batahola que mi visita había creado, y las corridas de los que se iban abriendo ante mi chata como arena en balde roto, lo mismo alcancé a divisar yo unos cuerpos, unas caras, unas

contorsiones, en fin, unos modos que me parecieron algo más que raros, qué digo, demasiado. Bueno, en síntesis, que como recibimiento, aquél no era de lo mejor, y que en un primer momento hasta casi me arrepiento de haber ido. Todo era irreal en ese sitio...

A medida que me fui acercando a los galpones y a las construcciones que esa gente había alzado, no hice más que confirmar mis primeras impresiones. Aquí y allá me topaba con grupos humanos que se movían como ramilletes a mi paso, y que desaparecían, tan rápida, tan inesperadamente, como se habían juntado.

Tengan en cuenta que era pleno día; las diez, no más, ya les he aclarado; así que imagínense lo que me habría tocado de haber tenido la ocurrencia de ir a hacer esa visita en el atardecer o, como se dice, con el crepúsculo. A cuatro manos lo habría traído de vuelta, con el susto...

Don Luque rió de buena gana. Su cara, estriada por las arrugas en la frente y en los pómulos, mantenía vivaces los ojillos, en cuyo derredor se formaban líneas que la sonrisa destacaba más. Tenía los labios finos, y su dibujo se acentuaba con la edad y las dificultades de la dentadura. A veces, sin parar de hablar, daba un chasquido como para acomodarla, pero en conjunto su expresión era firme y, emanando sin duda de grandes certezas interiores, segurísima. Eso le permitía, además, abordar su relato con todo lujo de detalles, tantos que, a veces, más de uno de sus contertulios se interrogó hasta qué punto lo que don Luque

contaba era cierto, y en qué proporción inventaba o, simple y buenamente, fantaseaba con sus ya tan lejanos recuerdos.

Al final, prosiguió, encontré un grupito de árboles, y una especie de paradero con sombra, no lejos de lo que podía ser un galpón, y estacioné. Una vez que pisé tierra, me dije que, al menos, ella parecía tan firme y sólida y terrena como cualquier otra, y que a lo mejor ahora todo empezaba a normalizarse, después de lo que bien habría podido ser una impresión del sol, del polvo, del camino. Yo, nunca está de más repetirlo, era el primero en ir allí; el primero que, es cierto, por obligación, pero también porque al fin y al cabo se había atrevido, iba a tener un testimonio de visu de esa comunidad o grupo o colectivo o como diablos quieran ustedes llamarle.

Además, hay que reconocer, yo llevaba conmigo toda la carga que se había acumulado en Algarrobos contra esa gente, y aunque quería ser justo e imparcial no podía ignorar lo que representaba aquel peso: murmullos, comentarios, insinuaciones, dimes y diretes de viejas, y hasta de hombres, con rodete... Y ningún chisme los dejaba bien parados... Ya fueran morales, o políticas, o simplemente cotorrerías, las críticas llovían contra aquellas gentes, y uno no podía desconocerlas. No sé si merecidamente o no; al fin, nadie sabía absolutamente nada y, como siempre, aquí se hablaba

porque total es gratis. En suma, que yo era el primer Adelantado, así que veríamos... Fui pues, estacioné, dejé la chata relativamente bien protegida por la sombra de los plátanos, y enderecé para lo que era o parecía ser un galpón, una construcción de material, color cemento, de considerables dimensiones y triste aspecto. Hasta llegar a la puerta, seguí observando de reojo, a los costados, detrás, en distintas partes, ese movimiento de grupos que por todos lados se organizaban y se disolvían y se reorganizaban nuevamente como esas figuritas que se arman en los calidoscopios de los chicos, sólo que éstas no eran de colores: no se veían más que cuerpos grises, blancuzcos yo diría, como cubiertos por un polvillo blanco, o simplemente sombras blancas; flacas, ágiles, sinuosas.

Golpeé a la puerta, y me decidí a esperar que abrieran, pensando que, por lo menos, me enfrentaría a un ser humano común y corriente, un tipo que no dispararía ante mi vista. Por otra parte, ya era claro para mí que todos me habían requetebién advertido, ni qué decir los jefes, y que estarían haciendo tiempo o conferenciando para ver qué me decían, y cómo preparaban mi recibimiento.

Yo, por mi lado, no pensaba en ceremonias, ni me preocupaba su hospitalidad. Con que me hicieran pasar, me dejaran tomar un poco de sombra, me ofrecieran una silla en lugar fresco, y me dieran un vaso de agua o unos mates, iba

a considerarme excelentemente recibido y más contento que perro con dos colas. Estaba como loco ya de la mañana aquella, de la polvareda, del camino, del sol y del calor, de esas sombras que como insectos bañados en harina brotaban y desaparecían a mis espaldas y, en fin, de todo ese embrollo en el que por cumplir con los deberes cívicos me había en mala hora metido. Golpeé, pues, dos veces cortas con la palma, y una más con los nudillos, y pasados unos instantes vinieron a abrirme.

Fue la primera figura humana amable que tuve el gusto de mirar desde que había dejado Algarrobos. Por empezar, veía, por fin, de frente, una cara, porque hasta el momento no había observado más que espectros. Y ésta, además, tenía dos ojos verdes algo almendrados, un cutis cetrino, cabello largo y negro... Bueno, en fin, que era una hermosa muchacha de poco más de veinte años, y con una sonrisa que deshacía las piedras, la personita que para mi descanso nervioso y moral vino a abrir la enorme puerta metálica. Como si ya me conociera desde siempre, o como si supiera perfectamente bien quién era yo, cosa que indudablemente se sabía porque había sido espiado de arriba abajo hasta la suela de mis pueblerinos y jurídicos zapatos, con esa misma amabilidad con que me había recibido, me indicó que la siguiera por un estrecho corredor.

Para la hora que era, y dado el sol que afuera pegaba, ese pasillo estaba anormalmente oscuro, pero, al menos, o quizás por eso mismo, bien fresco, algo frío, según me pareció.

La niña andaba a buen paso, casi felino, y recorriamos el espacio en cantidades y velocidades apreciables. Yo apenas podía ver, aquí y allá, puertas cerradas a los costados del

pasillo, y delante el cuerpo deportivo y ondulatorio de mi guía, de quien ya empezaba a preguntarme adónde diablos me llevaba. Porque, además, en un momento se me ocurrió pensar, cuando ya hacía unos diez o quince minutos que marchaba detrás de ella, que a lo mejor era una táctica de esa gente para confundirme, y que en realidad estábamos pasando siempre por el mismo sitio, como si ese corredor diera la vuelta al galpón, y yo fuera dándola con él como un idiota. No sé si me entienden: quiero decir que, por lo oscuro del sitio, yo ya no sabía si pasaba una sola vez ante puertas diferentes, o muchas veces frente a la misma puerta, ya que no me parecía muy lógica la caminata aquella, mejor dicho aquella calesita, si tenía simplemente que ir a ver a un tipo, por más jefe o qué sé yo que fuera.

Bueno, para esa época don Braulio Luque era joven, y tenía un buen estado, así que, después del infiernillo que había sufrido en la chata, no le venía nada mal andar un rato a oscuras, en un ambiente fresco, y más si se trataba de galopar detrás de esa gacela encantadora. Este último, sin duda, era un placer mayor. Y cuando ya me estaba resignando a continuar el tiovivo, en el cual el único ronzo era yo, la jovencita, que estaba a unos cuantos pasos delante de mí, golpeó a una puerta, e inmediatamente la abrió para que yo pasara antes que ella.

Me encontré con un tío de físico mediano, sonriente, que tendría unos cuarenta años, y estaba de pie detrás de un escritorio sobre el que se acumulaban, en un completo caos, libros, lupas, fotografías, planos, cartas, mapas, cartelitos, revistas, piedras, frascos, reglas y compases.

"Salud, don Braulio", me dijo este simpático individuo a quien yo veía por primera vez. No me molestó tanto el descubrir la familiaridad que parecía tener conmigo, porque, aparte, como he dicho, ni su figura ni su atuendo me impresionaron mal, ni esa habitación en la que se advertía un descomunal desorden, pero también indubitavelmente un verdadero ambiente de trabajo. Y, después de todo, si por sus ideas quería desear salud a un tipo sano, y no los buenos días, y dar de entrada el nombre de su huésped aunque fuese la primera vez que lo veía, eran cosas de él.

No, lo que me conmovió íntimamente, y casi me sacó de quicio, fue oír una voz humana, una simple y elemental voz de persona, por primera vez desde que había cargado nafta en "La Isabel". Porque, en ese instante, como un rayo cruzó por mi cabeza la conciencia del enorme silencio en el que había permanecido, recorrido el camino hasta ahí, lo que era normal ya que por aquella época tener radio en el coche era un lujo de película norteamericana, entrado en la Comuna aquella, visto nada más que perfiles silenciosos, y que la muchacha detrás de quien anduve galgüeando como media

hora no había abierto la boca ni para decir pío, desde que me atendió en la puerta para recibirme hasta que me dejó detrás de la otra puerta para entregarme al jefe saludador y confianzudo. Y así, en silencio, la bella damita se había dado el lujo de varearme por los corredores, sin que yo hubiese tenido la oportunidad de saber en ese rato si por su boca salían palabras, o a lo mejor trinos o gorjeos.

"Silverstein no está", me dijo el que me había recibido, quien, a todas luces, parecía ser el mandamás o responsable de esa complicada institución.

"Silverstein no está", tuvo que repetirme después de unos instantes, tal vez porque pensó que no le creía, sin darse cuenta de que yo, a esas alturas, apenas si me acordaba del sujeto, de su nombre, de su plata y de los alimentos, y casi estaba ya en condiciones de preguntarme por el motivo que me había conducido hasta allí, y de tardar un buen cuarto de hora seguramente en responder cuál podía haber sido.

Habría pensado, digo, viendo mi cara que, además de estar en las nubes, tendría en ese instante la emoción de sentir, como una música celeste, la cantarina y primeriza voz.

Me presentó una excusa cualquiera, que sería mentira o no, lo mismo daba, que el Silverstein aquel se había ido a comprar chicles a Pehuajó o de parranda a Tapalqué, ya no

me importaba más y no iba a andar haciendo otras averiguaciones sobre el sujeto. El jefe se encargaría de darle a conocer la diligencia que me había traído, y me firmó el recibo de la notificación, con lo que yo cumplí con mi deber y con la ley. ¡Bueno...!

Ahora, podíamos pasar a las cosas importantes.

Así que le solté, ahí nomás, la primera pregunta de todas las que había acumulado en el garguero, qué hacían ellos allí, en qué gastaban su precioso tiempo.

"Trabajamos y estudiamos", me contestó más que muy parco.

Para animarlo, y porque también era lo que yo pensaba, sostuve: Que estudien me parece bien, porque nada se hace en este mundo sin sabiduría. Aunque, a ciencia cierta, lo que ustedes leen me tiene sin cuidado, porque como ya sabrás, puesto que pareces saberlo todo sobre mí, yo discrepo con vuestra ideología. Pero soy hombre democrático, y admito que en ese terreno cada quien piense y exprese lo que quiera. Aunque te parezca raro, pues, más me interesa lo que trabajan. Qué y cómo. De qué manera se abastecen, se organizan, todo eso... Porque no ignorarás, tampoco, que de ustedes se cuenta cada cosa en Algarrobos...

Se mosqueó un tanto, tiró para atrás su cabezota, y dijo: "Sígame".

Pensé que otra vez me llevaría a trotar interminablemente por los simpáticos vericuetos del local. Pero no; entramos de inmediato en una gran sala donde había unas mesas, y

encima tubos, probetas, microscopios, y cuatro o cinco señores inclinados sobre sus instrumentos y papeles, que ni se molestaron en mirarnos.

Aquí, dijo mi nuevo guía, estudiamos, investigamos la mejor manera de saturar y de cristalizar, hacemos experiencias con diversos tipos de evaporación; en fin, nos damos la paliza técnica...

El Cicarelli aquel (porque ya supe después que era él mismo, lo que pasa es que yo personalmente no lo conocía de antes), bueno, el sujeto de marras, tenía su estilo, no puedo negarlo. Era un varón fornido, bien cargado de hombros, con una cara regordeta y limpia, y unos grandes ojos azules, de triestino despierto. Daba sus explicaciones con respeto, para alguien que entendiera perfectamente bien todo, como si yo no hubiera hecho otra cosa en mi vida que dedicarme a la gabela, y además lo hacía con gracia, por lo que, de entrada nomás, ya me hizo sentir bastante cómodo.

De allí pasamos a otra pieza de grandes dimensiones, que era una sala de lectura con una enorme biblioteca. Había muchas chicas y muchachos, hojeando libros o apuntando cosas. Me extrañó que, a pesar de ser tan jóvenes, se movieran con gran lentitud y en el más absoluto silencio. Algunos, bastantes en proporción, llevaban gafas, y pensé que sería de tanto leer y pelarse las pestañas.

Las muchachas tenían unas trenzas bien trabajadas, casi demasiado, porque había que dedicar un tiempo a hacer esas cadenas y esos nudos, y vestían falditas bien cortonas, y los muchachos pantalones cortos.

El hecho de que estuvieran tan quietecitos, leyendo sus libracos, o el de que se movieran tan despacio, me los hizo hallar un poco raros, además de la circunstancia de que tanto estudio, así de silencioso y, por lo que se veía, tan profundo, no condijera mucho con su evidente juventud. De tales cavilaciones me sacó mi guía, quien me aclaró todo de golpe, aunque, como suele pasar, confundiéndolo un poco más: “No hay edad para comprender la Idea”, creo que fue exactamente lo que dijo.

Sin embargo, algo se iluminó en mí a raíz de esa frase, pues de pronto me di cuenta de que casi todos, qué digo casi, en su totalidad, eran ancianos, viejecitos y viejecitas que, por eso, se movían a su cansino ritmo, y al ir vestidos como iban, y con esos atuendos y esas trencillas, parecían jóvenes, pero no, qué va, estaban más viejos que Matusalén.

Eran, como les digo, ancianos; una colonia de ancianitos que querían hacerse pasar por niños, o de ancianos niños, o de niños viejos, qué sé yo, seres que esperaban reunir los dos cabos en uno solo, tocar la cabeza con la punta de la cola... Algo ridículo ¿no? y hasta un poquitito monstruoso, qué digo, contra las leyes de la naturaleza, me parece...

A todo esto, mi obligado anfitrión seguía perorando un discursillo, cuyo sentido, como el de todo lo demás en el lugar aquel, se me escapaba. Recuerdo que estaba tan confundido con las apariciones de aquellos enanitos, que salí de la biblioteca pensando que, en realidad, eran niños, ya porque hubieran vuelto a serlo después de dar fin al ciclo completo de la vida, ya porque lo que hacían ahora, y en el lugar en el que estaban, los volvía limpios de nuevo, inocentes y, por qué no, algo tontos, puesto que a la inutilidad de lo pasado sumaban las incertidumbres del porvenir... O a lo mejor lo fui pensando después, con los años, a medida que yo también me he ido volviendo viejo...

Pero de esas jocundas cavilaciones me sacó la voz de mi amable conductor, quien disertaba en la oportunidad sobre los beneficios de la Idea, tanto para el mantenimiento de la energía cerebral como para el fortalecimiento de la física, en atención a sus virtudes tonificantes, enfervorizantes, reconstituyentes... Así como sobre la capacidad, generada por la misma Alta Concepción, de, me acuerdo bien que dijo, “hacer soñar despierto”.

Yo ya no sabía si oía, o si también estaba soñando, contagiado con seguridad por los flujos del ambiente y los del mediodía aquel, en el cual la temperatura parecía brotar de los poros de las cosas, y traspasarlas como si éstas fuesen coladores de agua hirviendo.

Soñando o no, dormido o despierto, ya no acertaba a distinguir si lo que se metía en mi cabeza a través de las orejas con aquella cháchara era una voz o una oscura letanía que estaba surgiendo entre los borrosos recuerdos del viaje, los saltos del coche, los barquinazos del camino, el sol y el calor de aquel verano como no se veía por lo menos desde el veinte.

Cicarelli seguía hablando a mi lado, mientras me conducía hacia otra sala, a la cual ya me había anunciado como “la de

las máquinas”, un enorme barracón al que llegamos después de caminar por esos endiablados pasillos como media hora más.

En tanto, el tío no aflojaba: “Ustedes, quiero decir los de Algarrobos, no nos tienen en un buen concepto. Creen que somos gente de avería, o revoltosos, o directamente hombres de otro planeta, diferentes a los demás por el simple hecho de que no nos dejamos llevar como borregos, y hemos hecho lo que se dice 'rancho aparte' para vivir tranquilos. Y esto es todo. Lo que ve usted. No hay más secreto que lo que le digo y muestro. Y no tienen por qué andar imaginando cosas raras como si fuésemos marcianos.”

Yo escuchaba, porque en esa época era más joven, y no sólo oía...

De vez en cuando lo miraba, porque íbamos a la par, y mientras él hablaba sin descanso de las cosas más inesperadas e inconexas, o de la Idea magnífica y solidaria que tenía allí reunida a su banda de ilusionistas y de forajidos, yo pensaba en cómo haría finalmente para salir de ese agujero.

Porque a esa altura ya no me interesaba saber ni ver más nada, sino desprenderme de la secta, y salir al aire libre, ya que todo ese circo empezaba a preocuparme seriamente, y todos esos personajes que veía de lejos o que me rodeaban

ahora que pasaba con el jefe, y este mismo en primerísimo lugar, podrían llegar a tener la loca fantasía de no dejarme mover más de aquel sitio, de aquella isla rodeada de tierra, de aquel planeta, que tal era contra lo que había pretendido él desmentir, un aerolito que volaba o disparaba sin rumbo en el vacío, llevando, para más, en su interior, a un centenar de alienados que querían apoderarse, quién sabe si no, del universo.

Y entonces me dije, cuando al fin pude decirme un poco de algo, que el sujeto estaba rematadamente loco, que todos quienes lo acompañaban o seguían o se hallaban sometidos a su mando estaban tan chiflados como él, y que esos grupos hormigueantes, escabullentes y zumbantes que había encontrado al llegar y que se habían dispersado con sólo olerme, y esas muchachas cimbreantes y turgentes, oscilantes, insinuantes, ondulantes, y esos viejitos que jugaban a ser niños, y las viejecillas disfrazadas de muñecas y, en fin, toda esa población de lelos, podría tener en su cabeza, en algún rincón que les quedara para el pensamiento, o venírseles de golpe en un instante, ya que yo me les presentaba allí en bandeja, la ocurrencia de retenerme, de aprisionarme, de celebrar conmigo algún ritual, algún sacrificio, algún festín, despellejarme, devorarme, transformarme, o simplemente tenerme oculto en un sótano de alguno de esos bloques que parecían de

granito, aprisionado, sepultado, hundido, hasta el fin de mis, por entonces, largos días.

No, no se asombren, ni crean que exagero, ni se les atravesase tampoco la idea de que a lo mejor el que estaba delirando era yo...

Es cierto que el calor subía con la hora, que ya estábamos pasando las doce, que el sol caía a pico sobre esa tierra calcinada. Y que a mí empezaba a preocuparme seriamente saber cuándo llegaría la hora de poder asentar mis posaderas en mi bendita Chevrolet, y enderezar por el camino hacia Algarrobos.

Pero es también verdad que había más de una rareza allí, y que esa gente no era normal del todo. En fin, para no cortar el hilo, les cuento que, como advirtió solícito y atento mi buen guía, ya era hora no de irse sino de comer, prometiéndome que después del almuerzo y de una larga siesta, si yo así lo deseaba, no dejaríamos de ir a visitar “la sala de las máquinas”, para luego, con el atardecer, mejor dicho, con las primeras luces de la noche, o sus primeras sombras si les gusta más, ir a ver lo esencial: la gente que trabajaba en la salina. Por el momento, yo debía tener la amabilidad de seguirlo hasta el comedor.

Lo menos que puedo decir de esa comida es que no era un asado en lo de Arreaga... No, no había chinchulines, ni morcilla, ni riñones; no había estado don Navarro preparando brasas desde las ocho o desde antes, ni se había hecho fuego bajo las parrillas, ni tampoco había parrillas, ni carne que poner al asador, ni choricitos. Esa gente se alimentaba del espíritu. De alguna que otra cosa sólida que agregarían en las fiestas, puede ser, pero, por lo que pude apreciar aquella vez, de materias suaves, y en dosis homeopáticas.

Para no ahorrar detalles: el llamado comedor era un amplio recinto con un gran ventanal que daba al este, por donde entraba el sol resplandeciente, y cada vez más sofocante, de aquella mañana de diciembre. En el interior, todos los objetos se veían límpidos y claros: las dos largas mesas, sobre las cuales papeles blancos sostenían los platos de aluminio, las jarras y los vasos de metal. Aquí y allá, algún florero lucía dalias, crisantemos.

La disposición de la gente no parecía arbitraria: seríamos más de cien personas, pero todos daban la impresión de tener asignado su lugar, pues en perfecto orden entraron en el recinto, y sin intercambiar palabra, cada uno se acomodó

en un sitio de las largas banquetas, como si cada vez hiciese igual. No había niños o, al menos, no ahí, a esa hora. A las mujeres no se las distinguía demasiado de los hombres porque todos llevaban mamelucos o una especie de overol, el pelo bien corto, y una apariencia y un atuendo similares, salvo las dos o tres muchachas, entre las que se contaba la bella que me recibió, quienes tendrían otras tareas asignadas, fuera por su edad o por sus encantos, y que rodeaban todos nuestros movimientos, y aparentaban guardar una mayor autoridad.

Diseminados en el conglomerado, había también cuatro o cinco hombres, a los que fui distinguiendo poco a poco, ya sea en razón de sus miradas o de sus actitudes, los que me parecieron sobresalir del montón, y ser como si dijéramos responsables de algún grupo o sector. Había dos o tres a los que yo conocía de antes: Poroto Biela, que alguna vez inclusive supo jugar como back en el equipo nuestro de aquí, y que entonces andaría más o menos como yo, por los cuarenta, pasados puede ser. Bueno, ya ni la sombra de lo que había sido en la cancha, fornido y con unos patadones que si pegaba en un poste lo doblaba. Ahora estaba enjuto, flaco y nervioso como un tero, y miraba para todos lados, no fuera que se le perdiese gente o gusanitos para picotear.

El otro era el primo de Aberbuj, aquel del que hablaban días pasados, que nadie supo

nunca por qué le decían Rodríguez... Jamás habíamos sido amigos, pero claro, nos conocíamos del pueblo. Así que, por lo menos, podría haberme saludado. Pero no: hizo tantas maniobras para alcanzar a no verme, que al final tropezó con la punta de un banco, y si no es por el que venía con él, que lo agarró del brazo, va a parar al otro lado de la mesa.

Algunos otros más había, de Algarrobos, relativamente conocidos quiero decir y, los que no, serían de los alrededores. Casi todos, por lo general, tipos delgados, altos, fibrosos, con las caras cerradas, pálidas, pero no muy claras: como pintadas de gris sobre una superficie de aluminio; prietas, los labios inmóviles, la sonrisa inexistente, y los ojos agitados y convulsos.

No sé si eran felices con esos ideales que se dice sustentaban, pero en todo caso no lo parecían. Como esos soldados de guerras muy largas, que nunca terminan de acabar, o como esos peregrinos que recorren a pie centenares de kilómetros para rendirle culto a un dios que ya llevan dentro, éstos tenían las caras lívidas, cansadas, las ojeras lánguidas, y la mirada lejos. De todo, digo; de sus congéneres y de sus platos; de sí mismos, de la vida. Seguramente, no tenían ojos más que para el horizonte, y ése, en vuestra alegre pampa, se sabe qué remoto está...

Sobre la mesa, y aunque fuera para avivarlos un poco, no vi alcoholes ni bebidas de ninguna índole: sólo jarras de agua,

que se su-ponía fresca, dado el calor que ese día reinaba, y frutas diversas. Una vez que entramos en el comedor, mi guía se calló la boca, y se mantuvo así, en silencio, hasta que volvimos a salir. Como nadie hablaba, se oía volar algunas moscas de verano, el tintineo de un vaso, el resonar de una cuchara sobre un plato o el ronronear de algún cuerpo que de vez en cuando se movía, se agitaba. Pensé que a lo mejor dormían con los ojos abiertos, y que esos murmullos de los cuerpos, ya que no de los labios, eran, por ahí, algún sobresalto o un brusco despertar. Durante toda la comida no se levantó nadie.

"Comida" es una manera bastante generosa de llamarla, puesto que era la hora en que los seres normales nos sentamos a la mesa y almorzamos. Aquello era, además, a todas luces, un comedor: las mesas estaban organizadas para tal menester, y las gentes que se habían congregado ahí, y sentado tan ordenadamente, no lo habían hecho con la intención de celebrar misa. ¡Nada menos! Lo único que puede decirse faltaba a la cita, era la materia misma de la ceremonia, el cuerpo presente como quien dice, la comida. Apretados ahí, como perejil en maceta, juntitos, pero no de frío ¿se entiende?

Y bueno, al fin entraron dos muchachos, de esos de la raza de los gladiadores, cual suele dar nuestro campo rico en carnes, cuando se la come o al menos se la ha frecuentado desde chico, y espinaca y hierro: la cara, en masculino, de las bellas veinteañeras, la cara varona de la luna, pero no menos secreta ¿sí? Y llevaban en bandeja, sobre cada palma con los brazos levantados, grandes fuentes que contenían el manjar de aquel festín. Las dejaron encima de las mesas, y sin que nadie se precipitara sobre ellas, con lujo de amabilidades y de cumplidos silenciosos, se fueron sirviendo, primero los viejitos niños y las muchachas amazonas, luego las mujeres y los hombres proletarios, y también mi guía a mí, sin

preguntarme nada, y sin que yo, naturalmente, pudiese elegir lo que al fin de cuentas sería para mi propio garguero.

Tampoco habría podido discriminar demasiado, es cierto, ya que el ágape consistía en una suerte de ensalada donde entraban granos de maíz, habas, aceitunas, grandes hojas de lechuga, pequeños trows de tomate y de cebolla, alguna chaucha, alguna arveja, mucha lenteja pa' rimar, algún porotito, todo ese poco bien bañado en aceite y limón, cosa de que se pusieran más agrios todavía. Y coronado o ayudado con gruesos pedazos de galleta bola, que prósperas paneras ofrecían en varios sitios de la mesa.

Carne, ni por asomo; ni de vaca, buey, oveja o cordero, ni de pollo, pato, conejo, liebre, vizcacha o armadillo. No se veía producto de animal en varias leguas a la redonda, y ustedes podrán decirme que eso no tenía ya mucho de raro, vista la facha de mis anfitriones, y que ellos serían sin duda vegetarianos, homeopáticos o naturistas, y tendrán razón, pero no podrán negarme que ése era un síntoma más de sus rarezas, que ya eran por cierto demasiadas, y que por ahí se explican, no digo que se justifiquen, ciertas cosas, ciertos comentarios en Algarrobos, ciertas reacciones y demás.

Después de tal banquete, y de chupar quién una naranja, quién un higo, nos quedamos más satisfechos que hormiga brasileña en el Pan de Azúcar, y así, ahítos pero contentos,

salimos. Al atravesar la puerta y dejar ese panteón, pregunté a mi guía: ¿Ustedes han hecho voto de silencio, che?

¡No! me respondió podría decirse que asombrado. Simplemente, hemos ido entendiendo con el tiempo que se lograba una mejor convivencia sin hablar innecesariamente. Pero, aparte de eso, hablamos, no tema. Y, como si fuera poco, en dos idiomas. Ya verá usted, cuando se animen. Porque es posible que ahora, además, estén cuidándose, o tímidos ante la presencia del extraño...

"Una locura más", pensé. Pero él me contestó: No, no vaya usted a creer que es una excentricidad; todo lo contrario, es una manera simple, humana, de luchar contra los ruidos que vienen.

Bueno, le dije. ¿Y qué es esa otra manía de los dos idiomas? ¿Qué hablan? ¿Italiano, yiddish, puelche?

Un poco de todo, me contestó riendo. Ya oirá. Por ahora, estudiamos esperanto...

Verdaderamente, en ese instante me tuvo sin cuidado que fuera esperanto, esperando, esperanzando o descorazonando, la palabra mágica. Era la otra frase la que quedó clavada en mi conciencia, aquella de "los ruidos que vienen". Porque me impresionó durante bastante tiempo. Cómo decirles, yo leía los diarios, cosa que siempre he hecho. Y eran épocas muy amenazantes. Viniendo de gente

como ésta, una aseveración de tal calibre, hacía, por necesidad, pensar en bombas y en cañones y en estruendos. Aparte, como no se equivocó, sino que más bien se quedó corto, bueno, la frasecita aquella se me grabó ya para siempre. Nunca supe si él la dijo precisamente con esa intención, y aludiendo a qué, pero tomó el sentido que le di yo cuando, por esos años, el ruido del otro lado del mar, que se sintió hasta aquí, fue creciendo hasta dejarnos sordos.



*Para lo que yo tengo que decir, se necesitaría
inventar un lenguaje nuevo, tan nuevo como mi proyecto.*

Jean-Jacques Rousseau, *Las confesiones*

Lo demás no lo saben ustedes, no pueden saberlo. O quizás sí don Domingo Perticone, que justamente hoy no vino. Supongo que algo se comentó, cómo no, por aquel entonces en el pueblo. Ya se iba a perder Algarrobos la oportunidad...

Todo empezó como ya les he contado. Y sucedió lo que siempre pasa en esta vida: las cosas funcionaron al revés de lo previsto. Donde uno piensa que algo se abre, algo se cierra, y donde menos se imagina, ahí salta la perdiz.

Yo habría de quedarme un buen tiempito más que lo previsto, dando vueltas en aquel lugar. Y no porque se me forzara, claro que no, sino por esas cosas que, como digo, ocurren en la vida, tan rica ella en sorpresas.

Éste era ya un mocetón calado, qué tendría, veinte o veintidós años, y para esa época estaba haciendo la conscripción en Mercedes. Su madre había muerto cuatro o cinco años atrás, y yo me encontraba bastante raro de andar tanto solo.

Cómo decir, la soledad es agria. No se siente el mundo, que parece aislado por un muro, y hasta la luz del día se mueve por las habitaciones de tu casa como si fuera la del

atardecer. Uno busca cosas para entretenerse, pero lo mismo, hay un hueso que trabaja dentro.

Bueno, ustedes lo habrán adivinado. Y, si no, es mejor que lo diga yo de entrada porque de todos modos lo tengo que sacar: fueron cosas del amor, ese gigante, ese brujo. La muchacha silenciosa y almendrada, con cuerpo de gacela y uñas de tigre, ésa fue. En fin, ya irán sabiendo. Y éste, no está mal que sepa también algo de su padre. No está mal que todos ustedes sepan, sí, y que aprendan.

Se dirán: pero qué le dio hoy a este viejo. Tan serio, tan recatado siempre, le agarró el ataque de confesarse...

No, y a lo mejor... Hay cosas que se guardan bajo siete llaves toda la vida, pero que no pueden desaparecer con la persona. Y cuando uno empieza a ver el perfil de su muerte, quiero decir, que ella avanza y no justamente de perfil, se dice que esas cosas no pueden tampoco irse a la tumba. Ustedes, alguien, tiene que saber todo lo que allí pasó. Y si algo hay en la vida más placentero que ser el depositario de un secreto, es el enorme gusto de contarlo...

Esa gente trabajaba de noche. Especialmente, en verano. La salina es como un espejo, y el sol que pega ahí vuelve multiplicado a la cabeza. Uno puede deshidratarse en dos horas; y en cinco, volverse loco. Es un bombardeo atómico, pero con bloques de sal. Que están en tierra, aunque parece que volaran. Pájaros blancos, miles de pajaritos blancos que te pasan por los ojos, y andan por el suelo o por el aire, según que uno esté, al revés, en el aire o en el suelo.

Yo no tengo nada contra el blanco. Es, como se dice, el color de la pureza. Pero hasta el dulce de membrillo, que me gusta tanto, después de dos pedazos me empalaga. Cuando uno empieza a no ver más que blanco, arriba y abajo, y todo en derredor, termina por odiarlo.

No digo que fuera mucho mejor de noche, pero sí diferente. Por empezar, hacía menos calor. Y no estaba el sol para golpearte. A veces, la luna, blanca ya de por sí, hasta en el nombre, y mujer, para más datos. Como tal, fría o receptiva, de acuerdo a donde uno se pusiera. Y como el hombre está siempre debajo... De la luna, digo...

Trabajaban, por tanto, de noche a día. Dando vuelta el tiempo, junto con los terrones. Y al amanecer, a eso de las seis y media, siete, se iban a descansar, a dormir. Sin soñar...

Se me ocurre: no podrían soñar más que en blanco, con superficies lisas, o a lo sumo ligeramente escarpadas, o soñarían como los ciegos, sin ver formas, no pudiendo verlas, encandilados por el resplandor. Cómo tener figuras en la mente cuando uno no ha visto otra cosa que una extensión de cien o de doscientas leguas blancuzcas, como si fuese nieve, o hielo, pero, para peor, caliente. Porque toda esa masa conservaba los fuegos del mediodía y de la tarde, y ahí, cuando pegaba, lo hacía en forma. No había más árboles que unos plátanos escuálidos, duros, imposibles para apoyarles el cuerpo, flacos y desnudos para la protección solar.

Los tipos remaban ahí, contra ese suelo, toda la santa noche; bogaban con unos palos largos, y hasta hacían el mismo movimiento, pero eso era mucho más pesado que el agua, y menos suave, naturalmente. Remaban, pues, sin avanzar, como en las pesadillas...

La sal no es cosa de juego: tuerce la lengua, y rompe la razón. Desde que el mundo es mundo. Por esos cristalitos se hicieron y deshicieron alianzas humanas y divinas, se montaron guerras, fueron más de unas cuantas desesperadas a la hoguera, acusadas de todo, de mucho de lo que habían hecho y de lo que imaginaban en sus camas duras los inquisidores; hubo estallidos, rebeliones, vorágines alquímicas, arrestos, condenas, ejecuciones, matanzas y

perdones. Ahora, todo eso se olvidó, pero tampoco estos de la Comuna jugaban...

Había que recoger los bloques de tierra blanca, depurarlos, entresacarles la diminuta gema, volatilizarla, hacer con esos trozos de granito una argamasa, una arcilla que pudiera modelarse, tirar lo que sobrara, pero cómo saber qué era, volver a rastrillar, a recoger, a trasladar, desmenuzar, vaciar, para que al fin quedara algo aprovechable, esa materia luminosa, nutricia, vivificante y sabia que dejarían quién sabe dónde para que les pagaran quién sabe cuánto. Poco, sin duda, aunque no sé si les interesaba.

Y después, a revolver de nuevo. O a agarrar agua de las lagunas y de los pantanos. Para depurarla. En la famosa sala de las máquinas. Trabajar. Trabajar. Aquéllos serían anarquistas, pero, del derecho a la pereza, francamente, disfrutaban más bien poco.

Y en medio de ese planeta de la sal, vine a encontrar yo, justo, mi terrón de azúcar. Para que me desagriara el corazón.

Tenía, en verdad, poco más o menos los años de este hijo, pero en esos casos la cronología no existe. Fuimos, los dos, tiernos cachorros que ignoraron la virtud y, con ella, la edad, el tiempo, y las cosas que pasan en el tiempo. ¿Qué importaban entonces madurez o juventud, si nos descubrimos por lo más viejo, por lo más antiguo, por lo eterno, lo que no tiene principio ni fin?

Puede que a más de uno en Algarrobos no le haya gustado. Y que, al oírlo ahora, cuarenta años después, a más de uno de ustedes tampoco le caiga demasiado bien. Ya se sabe: las grandes pasiones son siempre antisociales. Así en la tierra como en el cielo.

El día que decidimos celebrar nuestra unión, ya que no puedo llamarla matrimonio o boda, y acoplamiento o acollaramiento sería poco fino, hubo sí buena comida y hasta bastante alcohol, o al menos el suficiente para dar brillo a la fiesta. Lo mejor de todo, naturalmente, fue la

novia. Vestida casi como todos los días, y por ello mismo deslumbrante en su simplicidad y en su belleza. Alta, delgada por no decir flaca, con los cabellos negros que bajaban hasta los hombros, los ojos verdes y alargados, la boca roja a pesar de los labios sin pintar, fue, esa noche y las que sucedieron, mi gitana, mi luz. Mejor no decir más.

Porque en orden de méritos vienen después los gemelos Mendizábal, que alguno de ustedes o de vuestros padres habrá sin duda conocido u oído mentar por estos pagos. La gente, cuando todavía vivían en Algarrobos, los cargaba. Igualitos, como dos retratos de moneda, nunca se sabía quién era quién, y ellos jamás tomaron nada a mal, riéndose y diciendo por ahí que siempre era bueno tener dos palenques donde rascarse...

Bueno, éstos eran, además de unos paisanitos simpáticos, unos músicos impresionantes. Yo oí el otro día que alguien de ustedes, me parece que el lobo Urquijo o vos, Lanis, recordaba que la gente de la Comuna había tocado en el Social, una o dos veces. Y es cierto, por lo que yo sé. Pero a los Mendizábal no, nunca se los escuchó en el pueblo, ni en los alrededores. Y menos mal, porque si no, se los robaban. En ninguna ocasión tocaron fuera de la Comuna, capaz que porque aprendieron ahí, o allí se ejercitaron, o vaya a saberse si no eran muy tímidos, y tampoco valoraban mucho ellos mismos lo que hacían.

En fin, “tocar” es una forma de apelado, puesto que, a decir verdad, el secreto de su realización consistía en que no tocaban precisamente. Mejor dicho, uno de los gemelos sí, ejecutaba un instrumento, el violín, y el otro lo acompañaba con la voz. Pero no cantando, sino tocando música él también. Salvo que con la gárgara. Y formaban un dúo impresionante, frente al cual, en un momento dado, y si usted cerraba los ojos, no oía voz alguna sino dos instrumentos fantásticos. Que tocaban Vivaldi, Bach, Rossini, y toda esa música seria, y también rancheras, vidalitas, zapateados, gatos, y hasta chamamés, con una dignidad de vasco serio y bien plantado que les debía venir de sus ancestros. Párrafo aparte merecen los tangos del novecientos, rejuvenecidos por esa maravilla de conjunto orquestal, con el que daban ganas, qué digo: necesidad, de salir a bailar, y menos mal que yo no soy de aquí, con cortes, firuletes y sentadas.

Y lo más complicado todavía, y lo más increíble, era que, al revés de esos dúos en los que el tipo canta y el de la viola o el del piano hace el acompañamiento, aquí, a la inversa, el Mendizábal violinista hacía el canto, y el Mendizábal cantor, con su voz instrumento, acompañaba. Qué les puedo decir, aquélla era una música celeste. Si es que en el cielo hay música...

¡Los gemelos! Toda una prosapia... De aquella fiesta, claro, habría mucho más para contar, sobre todo porque no eran celebraciones las que allí sobraban.

Con todo, la vida en la Comuna era llevadera. Y obedecía al amable ritmo de las estaciones y los días, como los pequeños animales y las plantas. El otoño y el invierno se consagraban al cuidado de los pantanos, se reparaban las tomas y las presas, se destapaban los canales, y en la primavera y el verano, entre septiembre y marzo más o menos, venía la época de la cosecha.

Bueno, venir es un modo de hablar... Ya te hubiera querido ver a vos, Toto Arreaga, que si alguna vez, cuando eras chico y algo más pobre, recogiste un poco el girasol, y ahora apenas si vas a ver qué hacen las máquinas, ya me hubiera gustado verte, pelándote las manos, el lomo y otras cositas que no se pueden pronunciar en público, rascando como un condenado el suelo ese para ver qué se podía sacar... En principio, hay pocos oficios como aquél, más sometido y dependiente de los caprichos de los elementos. Así como los marineros escrutan permanentemente el cielo para saber si deben modificar el velamen, y los aviadores calculan la dirección y la fuerza del viento para que no los dé vuelta en

pleno viaje, del mismo modo esa gente tenía que prestar la máxima atención al menor cambio de tiempo. Porque son esas alteraciones las que deciden por uno: la alimentación de los recintos, la cantidad de sal, y su puesta al abrigo. El salinero está siempre con el Jesús en la boca... Bueno, aquéllos, precisamente, no, pero es también una manera de decir...

La cosecha, que suele ser diaria si hay buen tiempo, se hacía, como les comenté, de noche, porque de día el calor era insoportable.

Se efectuaba con una especie de rastrillo sin dientes, un maderón con agujeritos, y fijado a un largo palo, como esos grandes secadores que se pasan por los pisos fuertes de los baños o de los establos. Una vez que rastrillaban, dejaban que la sal goteara todo el líquido, y la apilaban en unas especies de montañitas, a las que llamaban las jorobas, no sé si por la forma o por el trabajo que les daba armarlas... Después, las cubrían de limo, algunas cañas, tapaderas, para tenerlas protegidas. Después venía el proceso de depuración. Y luego el de cocción. Y luego...

Había pues que andar todo el día en el aire, a los santos piques, más apurado que repartidor de hielo... Y el que pide que esa gente no amaba el trabajo, que haga con su lengua un nudo para acordarse de lo que es un charlatán...

Era, qué quieren que les diga, una organización perfecta. Lo contrario de eso que piensa el vulgo cuando oye hablar de anarquismo. En realidad, tampoco supe yo jamás de un modo fehaciente si ellos lo eran, decían que lo eran, o los demás decían que decían que lo eran. Nada es fácil, como ustedes ven, y de todas esas difíciles marañas el lenguaje es la menos fácil de las muy difíciles. Los llamaban, decían, eran, qué sé yo. Si hay algo de lo que aprendí a dudar, a mis añitos, es de la terminología. Nadie dice así nomás lo que es, y mucho menos lo que dice que es. Dejémoslo pasar...

Aparte, los tipos, y para simplificar un poco más las cosas, tuvieron la ocurrencia de ponerle un nombre a su invento, bueno, vamos, un apelativo, que, como si no hubieran embromado ya bastante, jugaba con lo que de ellos se murmuraba o se gritaba en el pueblo, eso que, hasta hoy, emponzoña toda la historia... Pues, cuando nos ponemos a rememorar, y damos con aquel mote de “verdad”, nada menos que “Comuna Verdad”, hasta los mejor intencionados, hasta los menos malévolos, nos preguntamos: pero éstos, a la distancia de décadas, y de las menudas cosas que iban a azotar las buenas pampas ¿no nos estarían tomando un poco el pelo?

Bueno, no voy a ser yo quien se ponga ahora de “maestro ciruela”, y me arrogue el derecho de venir a depurar el lenguaje. Porque de lo que se trata, en cambio, es de que les cuente cómo era la otra depuración o graduación mayor, la de la sal.

La graduación no es el momento de entregar medallas a los chicos egresados... No, es la manera que habían encontrado ellos de concentrar las aguas saladas haciéndolas evaporar, antes de meterlas a freír en la sartén gigante.

Las salineras, al concentrarse, adquieren un grado cada vez más alto, se van poniendo cada vez más calientes, como quien dice, hasta que se acercan a la saturación, cosa que a cualquiera puede pasarle, por más caliente que sea... Pero, fuera de broma, es así como luego se economiza mucho tiempo de cocción, puesto que solitas nomás se han ido calentando.

Ellos hacían desembocar las aguas saladas en un gran edificio de madera, abierto a todos los vientos, puesto que el viento, metido como es, como ombligo de gordo, va introduciéndose entre gota y gota, produce la evaporación. Después, la dispersión de las salmueras se hacía entre pajas, haces de ramas, y hasta cuerdas. Allí, un gran aparato

hidráulico recogía la salmuera desde la base del edificio y la remontaba, renovando así el ciclo que se repetía cientos, qué digo, miles de veces.

Ya sé que es difícil de entender, pero yo, solito, sin que nadie me lo explicara, observando, curioseando, comprendí el procedimiento: complejo, costoso, poco menos que inútil. Comprendí también, aunque muchísimos indicios me lo habían prevenido, que esa gente estaba bastante, lo que se diría demasiado, chiflada.

La fritura no era mejor. Aunque sí más intensa. Llevaban las montañas de sal a un edificio de madera enorme, rectangular, en cuyo centro había una gigantesca sartén como de diez o veinte metros de diámetro. No, de diámetro no, porque era más bien ovalada, pónganle que de unos quince metros por diez, construida con unos platinos de hierro, ensamblados con gruesos clavos de remache. Debajo de la sartén estaba prendido, ardiendo constantemente, un horno. Y la sartén, suspendida, sostenida por ciento treinta y cinco barras de hierro, como cadenas sólidas, inmóviles, que se apoyaban en los travesaños del edificio, mantenidos a su vez por cuatro columnas de material, una en cada ángulo del horno donde combustionaba el más caliente fuego.

¡Otra que un asadito de Navarro! Aquí no había ceniza, ni brasas que mantuvieran la lenta calma ígnea, ni lentitud había, ni espera; esto era la pura llama viva y arrebató constante, como el amor que me dio la muchachita aquella, y había que aguantárselas para estar más de un rato al lado. Del horno, quiero decir...

La cocina duraba un tiempo más bien largo, unas veinte horas aproximadamente, y las mujeres y los hombres que alimentaban y cuidaban, y que además hacían todas las operaciones de llenado de la sartén con salmuera, de vigilancia, de traslado, de elaboración de panes, de secado, y mil cosas más, no tenían tiempo ni para respirar. Ni mucha facilidad tampoco, hay que decirlo, puesto que aquella sartencita daba un calor de órdago, el que sumado al veranillo ambiente, cubría todas las aspiraciones de un friolento por muchos años. Ese horno trabajaba con carbones, maderas, leños, y lo que en buena suerte viniera, pero más que todo con pulmones, ojos, manos, rodillas, sangre humana... La de aquellos fanáticos de la creación del mundo, de la sal de la alianza y la fidelidad; cuando, a ciencia cierta, no vi jamás, en toda mi larguísima existencia, un fuego que me haya dado idea más aproximada de lo que puede llegar a ser el que reserva la justicia divina a los salvajes pecadores.

Hacían, como pueden imaginarse, reuniones. No solamente políticas, también sociales. Salían por ahí, a los campos vecinos, a remolonear y regodearse entre los pastos, a ver hierba, o girasoles en flor, o trigo en ciernes, o un poco de alfalfa verde, cosa de sacarse de los ojos esa conjuntivitis gris, esa ceguera blanca, mirando alguna vez un campo de verdad.

Otras, en el verano, iban para el lado de Pehuajó. A un prado lleno de casuarinas y de álamos, en medio del cual, detrás de un bosquecito, corre un riacho, entre dos márgenes que a veces llegan a tener hasta diez metros de anchura.

O iban a la laguna de Alto. Antes de que se secara, cosa que sucedió hacia el cuarenta y cinco o el cuarenta y seis. Cuando no fue lo único que se secó en las bellas pampas... Pero, por entonces, antes de que las sales concentradas en la tierra fueran absorbiendo poco a poco las aguas, mucho antes de que la laguna fuera esa reliquia desvencijada que es ahora, con algunos palos blancos, alambres rotos, y muchos esqueletos de animales muertos, como decía un amigo al que le gustaba asegurarse, era esplendorosa, poblada de sombrillas multicolores y de turistas de todos lados que venían hasta de la Capital.

Allí nadie se lo hubiera permitido, pero descontado que ellos sí. Las diez o quince parejas que a todo se atrevían, con algún viejo más y varios niños, o de esos como centauros, mitad niño y mitad viejo, se daban la gran vida, se atosigaban del agua que les había faltado durante el año en su Comuna, y hacían todo el nudismo que querían, o el naturismo, como ellos le llamaban, bañándose en pelo, niños, madres y abuelitos, como los habían traído al mundo en sus momentos respectivos.

Sin provocar a nadie, claro, no, sin tratar de llamar la atención o de ofender, apartados lo más posible, pero bueno, no era para nada necesario que estuviesen coqueteando, porque los ojos de cuanto paisanito andaba suelto, y las miradas de los veraneantes y las de los que no lo eran pero pasaban como si tal cosa, estaban picadas, más bien sarpullidas, de curiosidad, y daban cualquier fortuna por saber qué ocultaban debajo de sus ropas los famosos comuneros, como si por el hecho de serlo tuvieran que estar munidos de cola, o de pitos con corona, o de rubíes en lugar de senos, o ser tan diferentes, bah, del resto de los mortales. Pero así es la humana curiosidad, que crea lo que no ve y ve lo que no existe.

En fin, el tiempo se les iba pasando, y la gente no daba más. Estaba claro que aquello no podía durar. La especialidad que habían elegido era más antieconómica que vender boleadoras en el obelisco, y tarde o temprano terminarían fundiéndose. Más aún, con todo lo que trabajaban, y el esfuerzo que demandaba aquel sistema, y su aparatosidad.

No es que yo quiera ponerme en pontífice, pero los años algo me dejaron sobre la piel, y ésa, como dijo alguno que sabía, es lo más profundo.

Ahí tienen la sal, un mineral tan único que supo hacer la fortuna de los príncipes y la desgracia de los pobres, y por la cual se libraron, durante siglos, luchas y guerras sin cuartel, como si en realidad, y no sólo en la imaginería, se disputaran el trofeo de Dios; ese mineral que parecía ser el mismo Dios, antes de representar el sacrilegio, el riesgo y el Diablo, es ahora, como ustedes saben mejor que yo, una coa minúscula, trivial. Cualquiera la posee, cualquier país la tiene, y de más. No cuesta nada, se regala casi. Su historia se extinguió...

También a mí la sal se me metió entre los rayos de la rueda... De alguna manera, aquel hermoso romance tenía que trabarse. La jovencita cimbreada se movió tanto que terminó escapando de mis manos y, de golpe, me encontré sin el terrón de azúcar, con la boca amarga y, sobre todo, vacía. Tal vez ya no fueran tiempos para el amor, al menos ese mío. O el mundo se estaba trastornando, y nosotros con él. No sé; lo cierto es que a don Luque lo dejaron, otra vez solo, y el estar allí perdió sentido: tenía que marcharme.

Y sin embargo, me faltaba todavía conocer y consolarme con lo mejor de aquel mundillo: hacerme amigo del maestro de esperanto. Era un polaco un tanto revirado, como todos ellos, pero buenísima persona. Bajo, más bien gordito, con unas gruesas patillas que le subían por las sienes, y alcanzaban a darle lado de pelo a la cabeza calva, alfombrándola un poquito, como para conformar.

Visto que yo no tenía gran cosa para hacer allí, ni me la exigían, y que estaba medio fuera medio dentro como alpargata vieja, tenía tiempo de sobra para relacionarme, y hasta, por qué no, aprender algo de esa bonita lengua. Algunos rudimentos, no mucho más, pero como para no pasar siempre por sapo de otro pozo. Y el maestro no era nada egoísta, aunque sí exigente. No quiero, me decía, que te vayas de aquí sin saber algo más.

El polaco, quien para no complicar más las cosas de lo que ya lo estaban ahí, se llamaba, o se había dado en hacerse llamar Pólak, parecía ser, además, uno de los teóricos del grupo.

Anarco de ley, si se me permite la contradicción...

Un hombre inteligente, qué duda cabe, aunque como todos allí, un poco mucho pasado, ¿vieron?, como suele ocurrir con esa gente; pasado de revoluciones... Al menos, mentales.

Era, por cierto, una cabeza especulativa nata. Yo creo que la idea esa, medio loca, de ponerse a hablar “la lengua humanitaria”, como la llamaban para la época en que yo llegué, la metió él. No es que los otros resistieran ni que fueran mucho más cuerdos, pero, sin él, seguramente no habría hecho jamás su aparición.

Como si hubiesen tenido pocas diferencias y pocas chifladuras, y como si con eso no bastara para que todo el mundo, en Algarrobos, en los pueblos, y mucho más allá si se descuidan, los tuviera entre ceja y ceja, y en la mira del primer disparador que gatillara; digo, como si con la Comuna y la sal y todo el ruido no alcanzase para tener armado el gran escándalo, éste los convenció de que, si eran anarquistas y humanistas de verdad, si eran, como declamaban, gente sin Dios, sin patria y sin amo, pues entonces tenían que aprender a hablar el idioma común, el

de cuando no había patrones ni fronteras artificiales, “la lengua de antes de Dios y de Babel”, cual enseñó el polaco Pólak.

Y eso, no sólo me pareció siempre un descabellado berretín de intelectual, europeo y medio ruso para más; también un hecho sin ninguna lógica. Sobre todo aquí, en este lugar, justo en esta tierra de promisión. Porque toda la vida me he dicho desde entonces yo: ¿qué necesidad tenían de hablar una lengua así, cuando con el argentino les bastaba?

¿Quieren más esperanto que éste? Bases hispánicas, castellanas naturalmente, pero también catalanas, gallegas, mallorquinas y no sé si vascas, salpicadas de italiano y de francés, con aditamentos ingleses, portugueses y malevos, lengua de campo con residuos indios, más el turco nacional que se le agrega, y hasta restos de yiddish, difuso y confuso, en una lengua que, ya lo ven, es como la del universo. ¿Para qué precisarían entonces la otra? Puras complicaciones ¿no?

Decía que esa lengua era, por fin, la que tocaba el corazón de las cosas. Hasta entonces, según él, el objeto había sido sólo la palabra que le daba nombre, mientras que, para ellos, palabra y cosa tenían que terminar siendo lo mismo en la unidad cabal.

Lo que más parecía entusiasmarlo (muchas veces me repitió esa idea), era que así no sería necesario recordar. Ni la memoria ni el olvido se precisarían nunca más, puesto que la palabra iba a alojarse en la realidad, y no habría ya distancia entre una y otra. Inclusive, a lo mejor cuando durmieran dejarían en serio de soñar, porque todo lo que en la vida se habla coincidiría con lo imaginado.

Eso decía Pólak. Y agregaba que, entonces, iban a poder soñar mejor despiertos, como se debe entre idealistas. Dale con el soñar despierto, era el tema que flotaba, estaban todos en eso...

Algo me acuerdo, un día de estos les digo unas palabras, porque como no tenía mucho que hacer allí, y de paso para integrarme, alguna vez me interesé y estudié un poco. Esa lengua, quiero decir, eso.

No sé si realmente era el esperanto. Yo supongo que Pólak les hizo creer que sí, pero lo de él fue más complicado todavía. Como era medio inventor de teorías y de esas macanas, seguramente no quiso resignarse a enseñar lo que había inventado otro, polaco para el caso, como él, y entonces se le dio por hacer o reinventar una lengüita él solo.

¡Menudo proyecto! En un pueblo, qué digo, en un caserío fantasmal de la pampa húmeda, que ni siquiera es un honesto villorrio de provincia, sino un reducto marginal, apartado y aplastado, solitario, un ser de otras latitudes y otras épocas creía que era Dios.

Aunque, si se lo piensa bien, es ridículo pero hasta comprensible que haya sucedido: éstas siempre fueron tierras propicias para sembrar dementes. Pólak, más inteligente que los otros, iba a poner en marcha aquí, en este puntito borroneado de nuestra minúscula localidad, la lengua del planeta. Y se iba a servir, para eso, de un manicomio entero y ya debidamente instalado. Por eso digo que era más vivo que los otros, porque sabía usarlos.

En fin, que no sé qué llegó a hacer, pero, en cuanto salí de allí, consulté el asunto con don Severo Goñi, a la sazón rector del Colegio Nacional, y él me explicó que eso no; tenía, sí, algo de esperanto, pero le daba la impresión de ser otra cosa.

Yo, por ganas de jorobarlo, me acuerdo de que alguna vez le dije que el defecto de esa lengua era que nadie podría insultar en ella, en un idioma inventado de pe a pa. Porque quién le va a quitar el placer, eh, Perticone, de rajar una flor de puteada en el mejor criollo, como lo mamó en la cuna.

Bueno, ustedes. Yo nunca tuve cuna y, aparte, lo que más mamé en mi casa fue horchata. O algún carajillo, cuando me fui haciendo más grande. Pero entre un inocente carajillo y un poderoso insulto hay sus distancias, y a éstas no las cubre ninguna blasfemia artificial.

Don Braulio Luque permaneció unos instantes sonriendo y pensativo.

Serían ya como las seis de la tarde y por entre los vidrios esmerilados se filtraba un rayito último del sol que había salido después de la tormenta.

Alguien comentó con un poco de rabia que ahora podría haber todo el sol que se quisiera: ya era demasiado tarde para jugar el clásico y de todas formas iba a oscurecer enseguida. Otro probablemente el gordo Vico o Lanis afirmó que era mejor así pues gracias a la suspensión del partido habían podido gozar del relato de don Braulio Luque. Alguno algunos le agradecieron efusivamente “la oportuna intervención” la cual según el menor de los Arreaga “venía a aclarar tanto las cosas”.

Don Braulio como engolosinado por tanta aprobación y por el unánime silencio que había logrado imponer durante tantas horas en su derredor parecía querer decir aún algo más pero se revolvía en el sillón quizás luchando contra el sueño quizás contra otros malestares.

Al cabo hizo un sobrehumano esfuerzo y comenzó a enderezarse como para ponerse de pie. Una vez que, no sin

gran costo, logró pararse, echó la barriga hacia delante, los hombros hacia atrás, se acomodó lentamente el ponchito y, sacando unos papeles del bolsillo derecho, ordenó, mientras se los tendía a su hijo:

Vos, ahora, les vas a leer esto. Yo, con toda la tisana que tragué, si no voy a echar una meadita me muero. Además, creo que me pasé. A veces, me daba la impresión de estar contando un sueño. Como quien habla de algo no vivido, o que vivió algún otro, un Luque que no soy yo. En fin, vos leéles, y después llevámelos a casa, eh, no me los vayas a perder de atolondrado.

Luque chico dejó el sillón con más dificultades que su padre, y estirando obediente el brazo, tomó los papeles amarillentos que se le confiaban.

Don Braulio fue saliendo apaciblemente del salón, rumbo a los baños.

Luque chico se calzó un par de lentes pequeñitos, dispuesto a leer, para los siete u ocho contertulios que aún quedaban, lo que todavía nadie sabía qué era.

Son unas cuantas cartas, anunció con voz gangosa y mucho más vieja que la de su padre. Y yendo hasta una hoja que contenía firma, agregó: Según parece, de Pólak... A mi viejo... Esta primera, que capaz que era la última, dice así:

Comuna, abril 3, 1942

Estimado Don Luque:

No odio a Usted nada, y bien es así, porque discutimos y no estemos de acuerdo en casi mucho, pero respeto y ruego ser portador de los papeles porque se va el único, quién sabe qué pasará con nosotros, Usted será testimonio.

Quisimos hacer, quisimos querer, ser, pero todos conocen, no hay sin soñar de la nada. ¡Qué importancia! ¡No tiene importancia!

Proyecto, Comuna, Idea, van a irse al diablo, no va quedar rastro, ya está seguro. Pero sí importa cuál va quedar de La Lengua. Aquí según mi entender, secreto y futuro de todo.

Por suerte, también afuera trabajan y estudian ésta, en todo el mundo. ¿Pero va a quedar mundo? Bueno, si hay, va haber Lengua.

Entonces yo quiero que ella sea como la quiero mejor. Que no esté en pavada y la tonta boba, que agarre el sujeto y su ser. Con todo sentido, con la suya música.

Para ese fin, debe ser sustantiva, no macanas. El bello viene de exactitud, no adornitos. Si querés adornitos andáte al baile.

Aquí, para grandes Comunas, precisan serio. El sustantivo, la cosa, el nombre, lo propio del nombre propio y lo común del común.

En la Comuna estará el común y no reyes. Así que no menester coronas, ni alabanzas, glorias. Tampoco

abstracción religiosa. ¡Eso no es filosofía, Dios está con los ricos! Los ricos mandan, no necesitan hablar.

Sí muchos verbos. Para hacer, para ser, para realizar la ciudad radiante, la colectiva felicidad.

Así don Luque, Usted podrá comprenderme, y ayudar a la difusión. No está de acuerdo, mas es leal.

La Lengua debe salvarse. Si ella se tiene, entonces no más problemas. Porque la gente comunicará lo humano, el amor. Y si el pueblo se quiere, ninguna nación es más, ninguna piel es mejor, terminada la guerra, acabada la destrucción. ¡Viva la fraternidad!

Este país será hermoso, si no lo pierde la plata del nombre. Si todos juntos tenemos el verdadero Lenguajé. Ayudáme Luque, no te agachés.

Te abrazo con fervor de proletario.

¡Salud!

Pólak

Los hombres se quedaron un buen rato callados. Después, Vico dijo: Pero vos tenés más papeles ahí. Se ve que le escribió unas cuantas...

Sí, respondió Luque chico, sintiéndose más importante, y ya de algún modo heredero no sólo de los papeles sino también de la autoridad de su padre. Sí, son más cartas.

Bueno, pidió Lanis. No te las leas todas, pero agarrá salteados algunos pedazos, así nos enteramos.

Luque chico, absolutamente investido de la dignidad de portavoz que el padre le había legado, se acomodó los lentes pequeños en la mitad de la nariz, arrojó varios suspiros como si se resignara, y empezó a elegir.

A ver esto, se dijo al fin, sin que nadie pudiese siquiera espiar lo apropiado o no de sus preferencias, y leyó:

"Muchas maneras hay de inventar lenguas.

¡No precisás andar tirando mantequita!

»Pólak piensa que la canción es primero, que empiece la música, que después se vaya a nombrar. Las cosas tienen tiempo, están ahí, nadie las toca, pueden vivir sin tu piropo. No se van a mover. No se van a morir porque vos no les echés la mirada, no les abras la puerta.

»Pero cuando decís algo, tenés que decir pan pan y vino vino, y que parezca que comés y que bebés, no vas andar haciendo el tonto."

Nadie opinaba ni parecía querer deducir nada. Así que después de un momento de duda, Luque chico, visiblemente entusiasmado con su función, eligió otra hoja y prosiguió:

"Los compañeros ahora hablan en La Lengua. Esto es triunfo enseguidita. ¿Qué dicen?

¿Qué importa lo que dijo si entre ellos entienden? No hablan, cantan como los pájaros, arrullos suaves de paloma, gorjeo trinoso de esperanto.

»Eso importa, eso incumbe. Dejen que canten con la palabrita. Ahí dicen que se comprenden, se aman. ¡Qué más necesidad!"

Che, pará, cortó el menor de los Arreaga.

¿Son en serio cartas de ese polaco? ¿No las habrá escrito tu viejo para cargarnos?

¡Pero qué ocurrencia! se indignó el doctor Helman. ¡Qué mentalidad! Cómo se ve que vos, aparte de los numeritos, no leés gran cosa... ¡Pero no. Esos tipos eran así...

A ver, dijo el gordo Vico dirigiéndose a Luque. A ver si dice algo concreto de la dichosa lengua, qué es, cómo se hablaba...

Luque buscó un rato, y al cabo leyó: "Todos los sustantivos se terminan en O.

Los adjetivos en A. Los adverbios en E. Los verbos en I. Cuanto monótona la lengua es, pululan las consonantes. ¡Menos tonterías, menos floripondios! Hay un solo artículo: La..."

Como de mujer, interrumpió Lanis. Mucho lío.

Luque chico, sin oírlo, continuó:

"Vi parolos, kum laboranto. La akvo est trinkota? La pano est mangota? La naturo est vidota. Morgáu."

¡Clarísimo!, estalló Vico.

Bueno, terció el doctor Helman. Tampoco es imposible de entender. Morgáu, al menos, debe ser mañana, o el futuro. Esas cosas de las que tanto hablaban ellos...



No es alzar la magnífica utopía, sino volver de ella, lo difícil.

¿Rilke?, ¿Kautsky?, ¿1899?

Y al fin ¿hay alguien que sepa cómo terminó todo? dijo el “visita” de los Maya, Ramón, una tarde de esas que ya empezaban a alargarse con la primavera. No estaba ninguno de los Luque, pero había unos ocho o diez de los participantes acostumbrados.

Palito Massi, casi con dolor de correligionario en el alma, respondió que sí, se sabía; tanto se sabía que mejor era no hablar...

Aunque, si no hubiese sido tan lacónico, Lanis le habría igualmente interrumpido para poder decir lo que él conocía, o lo que buenamente creía conocer: “Terminó mal, pero...”

Se la buscaron, también..., intervino el menor de los Arreaga. Y Toto, el mayor, se sumó rápido:

Entre ellos mismos ya había problemas de plata. Parece que uno de los Cicarelli se fue con el paquete... O que vendió sin rendir cuentas, yo qué sé...

¡Vos estás enterado de todo! se exaltó Palito Massi.

Es lo que se comentaba...

Bueno, vamos a ver ¿qué se comentaba? Mi viejo jamás me contó nada de eso, dijo Palito. Lo que sí se sabe, sin lugar a duda ninguna, es que los barrieron. Cuando llegaron las botas, en junio del 43, los limpiaron como a mosquitos después de haber tirado “Flit”. ¡Y que no se venga ahora a buscar justificativos! Todavía van a terminar diciendo que no pasó nada, que hubo líos internos, y se mataron entre ellos...

Pero no vas a negar que problemas hubo... Sí, quién va a discutirlo. Donde hay gente, hay líos. Pero la causa real de la destrucción de la Comuna no fue un robito, por más que; como vos decís, pueda haber sido Cicarelli o cualquier otro importante allí... No, nada de todo eso es cierto..., apuntó el lobo Urquijo, carraspeando y en voz bastante baja.

El Lobo había estado largo rato en un rincón, buscando el calor del menguante fuego, y como siempre silencioso, tal vez por considerar inútil la polémica, tal vez porque le costaba demasiado trabajo intervenir. Andaba cada vez peor, apenas si respiraba ya, con una especie de silbido permanente, y se ayudaba con aparatitos raros en los que absorbía nunca se supo qué, o con otros que le espolvoreaban la garganta por medio de tubos y de gomas que pendían de su chaleco de lana como los antiguos relojes con cadena.

No, insistió el lobo Urquijo, después de carraspear unas cuantas veces más. No. Lo que pasó allí fue, en serio,

terrible. Entraron a saco, más de cien soldados. Mi viejo era cabo enganchado, de cuando había hecho la conscripción en Mercedes, y ahí estuvo. Fue el único de toda esta zona, porque los capos cuidaban bien de que en esos trabajitos no hubiera arreglos entre la gente del lugar...

Acaso por su voz apenas audible, o por su manera fatigada de hablar, se lo escuchaba más atentamente que a ninguno.

La tensión que las palabras del Lobo, apretaditas y espaciadas, había creado, era tanta, que ahora Lanis no manoteaba ningún platillo, mientras Sosa se había quedado quieto y mudo con los brazos en jarra, el pelo crespo más tieso que nunca, y la bandeja apoyada de plano para evitar tintineos. Y Vico chupaba una de las torres blancas, sin animarse todavía a apoyarla en su esquina del tablero. Sólo el doctor Helman, suavemente, se atrevió a agregar:

La faena fue muy sucia, así que había que cuidar las formas.

Sí, dijo el Lobo. Sucia y salpicada... La sal se mojó bastante... Ahora, los cristales parecían crecer solos... Bueno, ellos siempre crecen solos, ése es uno de los misterios del cristal... Pero, con la sangre, se multiplicaban... No sé si era un desfile de cristales o de espejos, y no importa... Qué iban a reflejar si no salían del blanco... Porque eso no era agua, no...

Sintió que algo muy fuerte le picaba en la garganta, y empezó a toser. El "visita" de los Maya quiso alcanzarle un

vaso, pero, no sabiendo si tendérselo directamente, se lo pasó a Lanis que estaba un poco más cerca.

De todas formas, el Lobo no lo vio: toda su energía se concentraba en detener la picazón, y no miraba más que para adentro, hacia la laringe y el esófago, intentando ver cómo los abría, les dejaba pasar aire, un poco más.

Los otros, naturalmente compadecidos y angustiados, ni hablaban ni pensaban ya, y contagiados por la sensación de asfixia, hasta respiraban dificultosamente. Nadie fumaba, ni podía levantar la voz. Al fin, después de espolvorearse brevemente, el Lobo continuó:

La salina, contaba después en casa mi viejo, hubo un momento que parecía el delantal de un enfermero, la sábana del Hospital.

¡Qué sé yo! Aquello fue un estropicio, se mataron decenas, nunca se supo si cincuenta, o sesenta, quién sabe si no más... Los hilos de sangre, decía el viejo cuando todavía no podía dormir por acordarse (que nunca, ni hasta en los últimos días se olvidó), los hilos formaban como venas encima de la sal, que parecía más blanca que nunca...

Otra tos corta lo detuvo. Así sucedía últimamente: había que saber esperarlo, cada vez que hablaba, casi hasta la desesperación. Con un poco menos de fuerza, prosiguió:

Algunos soldados vomitaban, otros querían echarse atrás, uno de los amigos que él se había hecho, cabo enganchado como él, un muchacho de Mercedes, se volvió loco después... A varios tipos que ya estaban terminados, los metieron en los hornos; bueno, mejor no dar detalles, nadie puede imaginarse lo que fue... Cuando el viejo empezaba a hablar, mamá cambiaba de conversación... Pero él también había quedado como alucinado...

Y todo eso fue sin resistencia..., musitó apenas el "visita" de los Maya.

Cacho Lanis decidió responder como si hubiese estado allí: ¿Qué querías, que tiraran cascotes de sal? ¡Qué iban a hacer contra seis tanques como les metieron, y el armamento moderno de la época, más tiros y sablazos!

Pero se decía que esa gente estaba también armada, y bastante... Como que eran anarquistas..., convino don Domingo Perticone.

Y, se decía..., alcanzó a acotar el lobo Urquijo antes de que lo interrumpiera nuevamente la tos. Al rato, pudo agregar: Se dicen tantas cosas acá...

No, intervino el doctor Helman, quien pasaba por ser el único interlocutor respetado por don Domingo. ¡Qué iban a estar armados! Ésos eran anarcos de ideas, no de nada más.

Bueno, nosotros decimos anarquistas, ni eso se sabe muy bien. Vaya a saberse lo que en realidad querían...

Sí, no se puede afirmar con precisión, pero creo que ellos mismos lo proclamaban, insistió don Domingo Perticone. Y, además, acaba de confirmarlo el otro día don Braulio Luque, quien no nos va a mentir...

En fin, mentirnos no, claro. Pero, a su edad, hay cosas que ya parece no las domina muy bien...

El que acababa de hablar era el gordo Vico, aprovechando tanto la ausencia de don Luque como la del hijo. Igualmente liberado, el menor de los Arreaga agregó: ¡Y qué querés! Con los años, se disparan las tabas...

Luego, algo más solapadamente, y sin que nadie supiera a quién iba dirigida la agresión, añadió: Pero hay que precisar que no es el único aquí...

¿Por qué dice eso?, interpeló respetuosamente Sosa.

Mirá, porque yo sé que se dicen muchas macanas, y me consta, fue la hermética aunque nada vacilante respuesta del menor de los Arreaga. Si bien de inmediato se abrió para explicitar: Ni murieron, ni son todos los que están...

¡Clarito!, dijo Lanis.

Sí, clarito, para los que quieran ver, insistió el Menor. Claro como la misma historia. ¿No anduvieron diciendo por el pueblo que a uno de los Llamazares, el del medio, Pilo, lo mataron ahí? Hasta con detalles truculentos te lo contaban. No menos de diez veces oí la misma historia. Y casi siempre igual: “Pilo quiso agarrar el fusil de uno de los milicos, le saltaron otros cinco o seis encima, ya no se supo más. Le destrozaron la cabeza...” Bueno, no voy a repetir. Y ahí tenés. Ése fue para la estancia de uno de mis tíos, que ya lo conocía de antes, y lo amparó. Y al tiempo se lo llevaron los Iturralde, y terminó sus días de puestero, por Bolívar. Murió tranquilo, cuando ya era un setentón, y no tenía ni un rasguño de tus famosas balas y sablazos. En la cama, y no sé si no tomando mate, se murió...

Todos habían quedado callados, no tanto por la probable veracidad de la versión del menor de los Arreaga, sino principalmente por la emoción y la vehemencia que éste ponía al sostenerla. El Menor era un pequeño toro, enrojecía a menudo, hablaba con la sangre y, aun teniendo argumentos muy válidos sus opositores, daban pocas ganas de enfrentarlo. Finalmente, Lanis se animó:

Bueno, un caso... Eso no quiere decir...

¡No! Pero mirá qué casualidad... Y también hay otras macanas que circularon. Uno de los Cicarelli, sin ir más lejos. No sé si ése era el Bepo o uno de los hermanos, porque yo,

claro, no conocí a ninguno... Lo cierto es que se salvó raspando, puesto que dar, parece que daban, no te lo negaré yo... Pero, bueno, no sería para tanto... El Cicarelli que te digo, unos años después del asunto, para el cincuenta más o menos, ya andaba a veces por aquí, lo más campante, dicen...

¿Y el polaco?

No, a ése sí que lo limpiaron, admite el menor de los Arreaga. Sin vuelta. Era el más loco de todos...

Debe de haber muerto cantando, declara algo melancólicamente el gordo Vico. “Nunca ha habido poetas. Esta vieja canción la ha escrito el viento...”, entona, más para sí, Palito Massi, ya que casi nadie lo oye.

¿Cantando? duda el doctor Helman. Se debe de haber batido hasta con un palo... Pero, por lo que se supo, puesto que hay que reconocer que nunca se volvió a hablar muy claramente del asunto, tanto el polaco, como el Cicarelli mayor, el primo de los Aberbuj, o Poroto Biela y, en fin, los que de alguna forma andaban en la dirección, bueno, éstos no terminaron sus días tomando mate por las estancias de Bolívar...

¿Y las mujeres? ¿Y los chicos? ¿Y los famosos viejitos aquellos?

Mirá, mejor no hablar... ¿Vos creés que anduvieron separando, con contemplaciones?

¿Quiere decir que, de todo eso, no quedó nada?

El "visita" de los Maya, tal vez por su juventud, o por su condición de forastero, o simplemente porque no quiere resignarse a que en su presente no haya ningún signo de un pasado tan fuerte, pregunta casi sin esperar respuesta. Pero el doctor Helman se toma el tiempo de contestar:

Sí, algo quedó. Y fijáte que aquí mismo. Acá, en la biblioteca, en el baúl donde se guardan las actas de la fundación del club, y el diploma que alguna vez nos dio la Municipalidad... Ahí, yo, cuando era secretario, que lo fui casi vitalicio, hasta hace dos años más o menos, allí la puse: la bandera negra, o lo que quedaba de una bandera negra. La trajo, mejor dicho, la rescató, un pibe, no te voy a decir quién, pero no tengo la menor duda de que era con toda seguridad de allí. Parece que dio muchas vueltas, que quemaron varias, pero ésta se la metió él en la campera, o vaya a saberse dónde; este pibe, uno de los colimbas que intervinieron. Y, a los años, se la quiso dar a la hermana de los Llamazares, que ya te comenté el otro día que vive por Guanaco y era paciente mía; bueno, ella fue quien arregló la relación para que me la hiciera llegar. Si querés, podés verla. No tiene, de todos modos, ningún valor. Un pedazo de tela, un tejido como el de las viejas, como el de los cuentos.

¿La bandera? ¿Un trapo? ¿Y eso es todo lo que quedó de aquel sueño fantástico?

Y... sí..., se atreve a decir por fin el Lobo Urquijo, quien durante todo este tiempo ha estado luchando contra la picazón de la garganta, la tos seca, y los aparatitos.

Y, sí..., se ratifica entre ya débiles carraspeos, estertores y silbidos pulmonares que parecen sonar a la altura del pecho, pero que sin duda cavan en zonas más profundas.

Sí: es todo lo que quedó de aquello. ¿Qué querés? Los hilos, las hilachas hilvanadas en el aire... Una locura, una bandera... La angustia de lo que se rompió, de lo que se quebró...

Tose ahora el Lobo, y los demás se inquietan, creyendo que va a quedarse ahí. No saben que todavía mantiene algo de fuerza dentro. Esa que pasa por los intersticios de la respiración y le permite, aun entrecortadamente, susurrar:

La angustia, sí... la nostalgia... de unas manos campesinas... que ya no tocarían nunca más los granos... ni el arado... y andá a saber por qué... andá vos a saber por qué... se les había puesto... se les había metido... esa ilusión de agarrar lo inatrapable...

Bueno, Lobito, bueno, no te pongás dramático... Pensá, más bien, en tu salud..., sostiene poco convencido el gordo Vico, mientras elige la casilla donde colocará su alfil.

FIN

Fuentes

Fue en la biblioteca del Centro José Ingenieros, durante una de mis rituales visitas al pueblo natal, donde descubrí, poco menos que por azar, los primeros documentos que me acercaron, de manera casi irrenunciable, a la Comuna. Susana Sigwald de Carioli, meritoria fundadora y directora, infatigable como siempre, aportaría después cantidades inesperadas de notas, memorias parciales, entrevistas, sueltos y testimonios que, por los avatares de la letra escrita, han sido escrupulosa y desordenadamente utilizados en esta novela. Aunque me lo propusiera hoy, luego de más de siete años de trabajo, no podría dar con el origen exacto de algunas escenas, dichos, datos, que figuran en el texto. Hacia 1972, Osear Terán, antes de partir para el exilio mexicano, me había dado ya algunas pistas que conducirían a Centenario. Estaba él, por entonces, montando una investigación en el Departamento de Sociología, pero seguramente los vendavales de la época deshicieron el proyecto. Supe, en cambio, que en el ochenta o el ochenta y

uno un grupo de investigadores de La Plata, acompañados por el Chino Vallina, cámara en mano, anduvieron visitando el lugar.

Nunca vi filmar la ausencia, pero todo en este mundo puede reconstruirse.

A raíz de la guerra civil española y del doloroso exilio de los vencidos que siguió, Toulouse habría de convertirse en la mayor ciudad hispánica de Francia, así como en un centro anarquista de primerísimo orden.

En sus librerías, puestos de viejo, bibliotecas particulares, pude transitar durante una obligada década, conocer y comprender los vaivenes de la célebre e infortunada Idea. Creo que casi todos los aspectos referidos a la organización y administración de la Comuna vienen de mis lecturas de entonces, de mis contactos y frecuentaciones en mercados, ferias y traspacios con aquellos refugiados españoles, iluminados perdedores del Reino.

Desde Trieste, otra frontera, también a su modo un declinante álef, Octavio Prenz, atento a mis desdichas documentales, me envió un libro de Humberto Tomasini, escrito en dialecto véneto-triestino, donde alcancé a descifrar que se hablaba bastante de Argentina. Y, muy especialmente, de aquellos que serían a la postre

fundadores de la “Comuna Verdad”, los hermanos Cicarelli, quienes abandonaron la región todavía jóvenes aunque con una nutrida experiencia política.

Entre los datos recogidos del Imperio Salinero de Callvucurá, y la utopía arquitectónica de Arc-et-Senans, en la región de la Franche Comté, se fueron precisando los límites de la aventura productiva relatada en la novela. Naturalmente, la propia actividad de la Comuna, y los restos de información que sobre ella pude recoger, fundamentan la mayor parte de esas páginas.

Toda la reconstrucción de la personalidad de Pólak fue realizada en base a testimonios orales. Mis propios padres lo conocieron, y sus amigos y convecinos, quienes fueron extremadamente generosos en sus comentarios. Pero, como suele ocurrir, éstos no trascendían el plano anecdótico, y ningún testimonio oral, por fidedigno que fuera, me habría dado la dimensión de esa personalidad casi mítica. El hallazgo, entre colecciones de diarios, revistas y folletos de la época, de una serie de reportajes aparecidos en La Ley, entre julio, agosto y setiembre de 1941, me devolvería la carnadura de Pólak. Transcribo uno de ellos a continuación:

"Periodista: Vamos a desarrollar hoy con usted el tema de la nacionalidad. ¿Está de acuerdo? Porque lo que más se comenta de ustedes es que son infiltrados extranjeros...

»Pólak: ¡Qué importancia! Cuando los pajaritos salen del nido, cuando los peces salen del mar, van y buscan dónde seguir la especie, dónde permanecerla. Dos cosas comunes hay para todos: la tierra es común, y el saber...

»¿Y eso es lo que enseñan en la Comuna, en sus escuelas, a sus niños?

»No hay necesidad de aprender tal, cosa sabida desde cuna, desde nacimiento. Que los hombres son hermanos, que la gente se quiere, que el futuro es bueno ¿para qué vas enseñar?

»Y entonces ¿qué cosas aprenden?

»Oh, muchas... La filosofía, que es arte de la inteligencia; la música, disposición de la armonía; la gramática y la estética, donde pasan las corrientes de la bella voluntad. La pintura, la danza, el teatro, la poesía... ¿Te pensás porque son chicos hay que enseñar macanitas?

»Se dice que usted es el Gran Maestro de esa Comuna, el verdadero ideólogo...

»¡Canturreadas de pavitos reales! Nadie es más ni menos en nuestra colectividad. Acá no hay poder ni alharaca, nosotros vivimos en la fuente, no precisamos andar en estribos. ¿Qué Maestro, qué patrañas?

»Pero no es nuestra opinión, sino lo que se dice.

»¡Pero ninguno! No hay más plantas en el bosque que hojas en cualquiera de los árboles.

»Sabe usted, sin embargo, que en el mundo de hoy soplan vientos muy hostiles a sus ideas...

»¡Vientos fatuos! Extinguidos serán antes que levantarse. El alemán, peligroso mayúsculo, busca totalizar lo sensible. No podrá, perderá. La especie revolotea debajo las máscaras.

»¿Cree usted que esta Comuna podrá perdurar, reproducirse?

»¡Claro como la leche de mollejas! Nadie puede el futuro detener, la libertad se necesita.

»¿Y qué es eso que se comenta por aquí de las otras lenguas extranjeras? ¿No les basta con nuestro castellano?

»Ninguna basta: el absoluto ¿qué palabra toca? Todas tantean, todas gatean, todas roen. A rodillitas, agachadas, tiemblan como pimpollos, saltan, brincan, pero no festejan. La gloria de las cosas va para allí, y las lengüitas claman. Entonces yo, nosotros, la Comuna, esperamos poblar, llenar la cáscara, la marmita seca.

»No tienen miedo...

»¿Cuántos ratones van hacernos miedo? La comida sosa comerán, y el queso moho, y el insípido como veneno. ¡Nada! El futuro es mayor. ¡Viva el pensamiento, arriba la libre decisión!

»Bueno, por esta vez lo dejamos con una última pregunta, personal: ¿Cuántos años tiene usted, qué estudios ha cursado, tiene familia, cómo ha venido a parar acá?

»Numerosa preguntás... ¿Tenés años vos? ¿Familia? Quien no viene parar aquí, no para nunca. Están los que se van, los que vuelven, los que nunca se fueron, aunque mismo hayan ido, los que llegan la primera

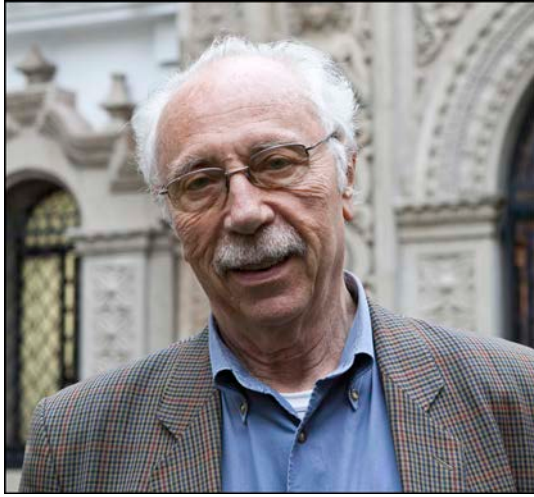
vez, y quedan. Los que no salen más. Yo no soy ave de paso, golondrina. ¿Estás contento?"

Algunos de los datos sobre el trabajo con la sal y su historia fueron extraídos de *Il sistema feudale* (al cuidado de Antonio Carile), Colección Strumenti per la ricerca interdisciplinare, Roma, Editori Riuniti, 1974, y de Robert P. Multhauf, *El legado de Neptuno (Historia de la sal común)*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985. Este último libro me fue facilitado por Tununa Mercado. Su generosa lectura de los originales, así como la de Vicente Battista, contribuyó a limar más de una aspereza, más de un ripio.

La idea de los niños-viejos fue inspirada por la lectura de E. de Martino: *Morte epianto rituale ne! mondo antico*, Turín, Einaudi, 1958.

El romance entre don Braulio Luque y la muchacha de los ojos verdes, por lecturas deshilvanadas, pero siempre fértiles, de los poetas españoles contemporáneos: Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, Gerardo Diego, León Felipe, Federico García Lorca, Jorge Guillén, Miguel Hernández, Antonio Machado y, en particular, Pedro Salinas y su impresionante "razón de amor" ("no te detengas nunca / cuando quieras buscarme...").

En suma, “leído primero y escrito después”, este texto no inventa casi nada, salvo el modo de difundir un sueño y un saber colectivos, con palabras que intentan volver al lugar donde nacieron.



MARIO GOLOBOFF

Nació en Carlos Casares (provincia de Buenos Aires) el 14 de marzo de 1939

Hijo Del comerciante y Dirigente empresarial Carlos Goloboff y la ama de casa Sara Hojman

Realizó en la primaria en la Escuela nº 8, “Avenida Maya” y la secundaria en Colegio Nacional, ambos, establecimientos de su pueblo natal donde vivió hasta los 16 años, momento en el cual se mudó a la ciudad de La Plata para cursar los estudios de Abogacía en la Facultad de Derecho de la UNLP, casa de estudios de la cual se gradúa en 1963 e

inmediatamente comienza a estudiar Letras, lo cual era verdaderamente su vocación.

En 1977 se recibe de Doctor en 3er. Ciclo de Letras. Universidad de Toulouse–Le Mirail. Toulouse (Francia)

El mismo año se recibe de Doctor de Estado en Letras. La Sorbona, París (Francia)

Padre de Cecilia y Sofía, este Ilustre poeta, novelista y biógrafo publica sus primeros poemas en 1966 bajo el título “Entre la diáspora y octubre” y pueden encontrarse entre sus más exitosos escritos “Criador de palomas” en 1984, “La Luna que cae” en 1989, “El soñador de Smith” en 1990 y “Julio Cortázar, La Biografía” en 1998.

En la actualidad es además Docente en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, donde se desempeña como Profesor Titular de Literatura Argentina del siglo XX.